

IESE



Universidad de Navarra

REFLEXIONES EN TORNO A
LA INVESTIGACION SOCIAL

Santiago Alvarez de Mon*

DOCUMENTO DE INVESTIGACION Nº 319
Julio, 1996

* Profesor de Comportamiento Humano en la Organización, IESE

División de Investigación
IESE
Universidad de Navarra
Av. Pearson, 21
08034 Barcelona

Copyright © 1996, IESE
Prohibida la reproducción sin permiso

REFLEXIONES EN TORNO A LA INVESTIGACION SOCIAL

Resumen

El investigador social es protagonista activo de la misma realidad que analiza. Es partícipe de los acontecimientos sociales que intenta describir y desentrañar. De esa natural inmediatez proviene la necesidad de extremar las cautelas y rigores académicos para conseguir un cierto distanciamiento científico. Ahora bien, la inquietud por dotar a la investigación social de la precisión y certeza de las ciencias naturales, ha llevado a algunas escuelas de pensamiento a defender posiciones de supuesta asepsia e imparcialidad científica ante la noción de valores. Se trata de la toma de posición del positivismo que, instalado en un relativismo extremo, niega a la ciencia el derecho a investigar lo que debe ser, acotando su marco de actuación al estudio de lo que es.

El documento, en base al repaso de algunos autores clásicos –Comte, Durkheim, Weber y Spencer–, se decanta por los siguientes postulados fundamentales:

- Negar la existencia de un método científico de estudio y explicación de la realidad social único, formalizable e infalible.
- Reclamar la presencia de los valores y convicciones más profundos del ser humano en el discurso científico actual, sometiendo su inclusión a una serie de requisitos que la protejan de caer en un juego preocupante de juicios de valor interesados y sesgados.
- Optar, en detrimento de un holismo metodológico que subraya las entidades más globales de la realidad –grupos, razas, naciones, culturas–, por un individualismo metodológico que indaga las causas últimas del devenir social en las acciones individuales de los miembros de la sociedad.
- Debido a esta opción microsociológica, animar y urgir a la sociología a entablar un diálogo interdisciplinar con otras ciencias sociales, especialmente con la psicología y la ética.

REFLEXIONES EN TORNO A LA INVESTIGACION SOCIAL

1.- Introducción

El objetivo principal de este trabajo es reflexionar sobre algunas de las cuestiones relacionadas con los métodos de investigación de las ciencias sociales. La hipótesis personal del autor que se va a sustentar en estas páginas gira en torno a los siguientes postulados o premisas fundamentales:

- Negar la pretensión recurrente de algunos científicos sociales de que exista un método científico de estudio y explicación de la realidad social único e infalible. La prescripción universal de máximas metodológicas para todos los procedimientos de investigación social nos parece impropio e impropia de la verdadera esencia del objeto a estudiar.
- Reclamar la presencia de los valores y convicciones más profundos del ser humano en el discurso científico actual. Sin menoscabo de las credenciales científicas de las investigaciones sociales, difícilmente se podrá avanzar en el análisis de los fenómenos sociales si no se tiene en cuenta el papel primordial que juegan los valores en el diverso y plural acontecer humano.
- Someter la inclusión de la dimensión valorativa de la realidad social a una serie de requisitos o condiciones que la protejan de caer en un juego preocupante de ideologías o juicios de valor maquillados. En comparación a los trabajos de las ciencias naturales, en los que el científico permanece como observador externo de su material, el científico social es protagonista activo de la misma realidad que analiza, es partícipe de los eventos sociales que intenta describir y desentrañar. De esa natural inmediatez proviene la necesidad de extremar las cautelas y rigores académicos para conseguir un cierto distanciamiento científico. En aras de la noción de objetividad sería conveniente tomar conciencia de la crítica distinción hecho-valor, sin que esto suponga, insisto, la exclusión de proposiciones normativas.
- Optar entre un holismo metodológico que pone el acento en las entidades más amplias y globales de la realidad –clases socioeconómicas, grupos sexuales, razas, naciones, culturas, instituciones–, y un individualismo metodológico que indaga las causas últimas del devenir social en las acciones individuales de los miembros de la sociedad, por el segundo de ellos. La persona, cuna, sede y destino de toda acción social, debe constituir, en última instancia, el centro neurálgico de los trabajos de investigación.

- Por último, y como corolario de la elección personal antes manifestada, animar y urgir a la sociología, ciencia que sirve de telón de fondo de este documento, a abordar un diálogo abierto e interdisciplinar con otras ciencias sociales, economía, historia, pedagogía... y muy especialmente con la psicología y la ética.

2.- La pluralidad metodológica de la sociología

A título introductorio, y como consecuencia del desmembramiento de la sociología en diversas disciplinas particulares, es preciso hacer unas breves puntualizaciones. En principio, el concepto de ciencia social es relativamente fácil de definir. «Las ciencias sociales estudian el hombre que vive en sociedad, el “animal político” de Aristóteles, analizando los grupos humanos, las colectividades, las comunidades» (1). La definición del Webster’s New World Dictionary, rescatada por Scott Gordon, es muy similar. Ahí se define ciencia social como «el estudio de individuos que viven juntos en grupos como familias, tribus, comunidades, etc.», con especial énfasis en lo que Merton ha venido en llamar disfunciones –delincuencia, guerras, paro, contaminación... A partir de esta primera abstracción generalista acerca de la noción de ciencia social, se ha de fijar y señalar el campo de estudio más concreto y determinado de la sociología.

Emile Durkheim, uno de sus padres fundadores, fiel a su visión holista de la sociología, como tendremos ocasión de observar posteriormente, define ésta como «la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento, entendiendo por institución todas las creencias y todas las formas de conducta instituidas por la colectividad» (2). Una lectura más personalista de la sociología, en el sentido de presentarla como ciencia que estudia el comportamiento social del hombre, la conducta humana, es propugnada por Max Weber, cuya preferencia por el individualismo metodológico es de todos conocida. En «Economía y sociedad», Weber señala que «debe entenderse por sociología una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social, para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efecto. Por “acción” debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo» (3). El fuerte sello o impronta personal de la sociología weberiana queda meridianamente establecido. Las definiciones de comunidad o sociedad abajo recogidas (4), con alusiones directas a vocablos como sentimientos, fines, motivos, valores, confirman esta primera intuición. Frente a la sociología institucional de Durkheim, Weber subraya y describe una sociología más individualizada.

El inmenso campo de acción que una y otra definición de sociología abarcan (las de Durkheim y Weber), obliga a acotar un poco más el campo visual de este trabajo. De la distinción que presenta Duverger entre ciencias sociales particulares y ciencias sociales globales (5), el presente documento quedaría inserto en el epígrafe académico de ciencias sociales particulares. Y dentro de éstas (ciencia económica, ciencia política, sociología jurídica, sociología religiosa, sociología moral...), en la subfamilia de la «sociología industrial» o «sociología del trabajo». «De un modo progresivo, la “sociología industrial” ha venido constituyéndose en disciplina autónoma, de la que la “sociología industrial”, a causa del característico desenvolvimiento de la industria en las sociedades modernas que ha dado lugar a importantes transformaciones, constituye el aspecto más desarrollado» (6).

La sociología industrial, marco último de referencia de este trabajo, se concentra entonces en el estudio de las relaciones humanas que resultan de los modernos fenómenos económico-empresariales. Las distintas relaciones de trabajo que surgen en las oficinas,

talleres, establecimientos comerciales, fábricas, etc., del tejido social de un país, constituyen su objeto de análisis. Sin embargo, sin pretender desmerecer la oportunidad de este primer enmarque clarificador, el indudable radio de acción de las relaciones humanas en el trabajo, que en su poderoso influjo incorporan y mezclan bajo su paraguas otras facetas de la vida del hombre, demanda relativizar en cierto modo la clasificación establecida. «Llevada hasta el límite, la sociología del trabajo corre el riesgo de convertirse en una sociología general basada en la hipótesis de que el trabajo es el más importante factor de explicación de los fenómenos sociales» (7).

Con esta cautela inicial, ¿cuál es el método de investigación más idóneo para que la sociología pueda cumplir los fines que se propone? ¿Cuál es su instrumental de trabajo? La peculiaridad y riqueza del propósito de la sociología, la realidad social que se niega a dejarse encasillar en una categoría científica cerrada, exige contemplar y manejar una diversidad metodológica que proteja al investigador de caer en procedimientos de trabajo estériles y reduccionistas. De lo contrario, se corre el riesgo de confinar la sociología industrial a una interpretación unidimensional de su objeto. «En primer lugar, me parece sumamente problemático que exista algo que pueda ser llamado sin equivocidad el método científico: no sólo porque la filosofía de la ciencia no ha alcanzado un suficiente grado de acuerdo al respecto, sino porque la práctica de la ciencia dista de ser unánime. O, al menos, tal método, único y universalmente aceptado, no existe en forma detallada y canónica» (8). Como se ve, el profesor Beltrán no se anda por las ramas a la hora de desenmascarar unanimidades procedimentales que serían cuando menos dudosas.

Evidentemente, la inexistencia señalada por Miguel Beltrán de un método único e infalible de análisis de la realidad social, no significa que no existan una serie de preceptos clásicos y universales de observación y deducción comúnmente aceptados. El mismo los saca muy pertinentemente a colación. «En efecto, las actitudes que fundamentan la que Gouldner llamó cultura del discurso crítico; el recurso a la comunidad científica como árbitro y reconocedor de la verdad científica; la contrastación posible con la evidencia empírica disponible; el juego mutuo de teoría y realidad en la construcción de una y otra; la exclusión deliberada de la manipulación o el engaño; la renuncia a la justificación absoluta de la verdad encontrada; éstos y otros muchos principios que podrían recogerse aquí constituyen hoy día elementos prácticamente indisputados del método científico» (9).

Pero esos preceptos son sólo eso, patrones generales de exploración práctica e investigación social. De ahí a la confianza ciega y suicida en un método de análisis riguroso, preciso y formalizable, media un abismo. Los entusiastas defensores de técnicas de estudio que en su «infalibilidad» se revelan incapaces de explicar la compleja dinámica del acontecer social, contribuyen a alimentar el escepticismo de aquellos que piensan que la realidad social es más apasionante e intrincada que el retrato que de la misma presentan algunos críticos. «De aquí que, sin desconocer realidad tan abrumadora, haya que escuchar con escepticismo las apelaciones, tan enfáticas como ruidosas, a un método científico, riguroso, detallado, universal y “manipulizable”: tal cosa, ciertamente, no existe» (10).

Para nuestros efectos, y con objeto de profundizar en la tupida red de acontecimientos, contactos, relaciones y sentimientos que se dan en la esfera del trabajo humano, la referida y necesaria llamada a la pluralidad metodológica se traduce en la fructífera convivencia de cinco métodos de aproximación y descubrimiento. Son las cinco vías de acceso a la realidad social que explica Miguel Beltrán —el método histórico, el método comparativo, el método crítico-racional, el método cuantitativo y el método cualitativo—, profesor al que seguimos en esta primera fase del ensayo.

Procediendo según el orden sugerido por Beltrán, en primer lugar la sociología ha de recurrir al método histórico, agregando al sistema de trabajo elegido el tiempo, testigo crucial y omnipresente en el hacer humano. «No se trata de que el sociólogo se introduzca en campo ajeno o mimetice la actividad del historiador, sino de que extreme su conciencia de la fluidez heraclitiana de su objeto de conocimiento, sea cual fuere su “tempo”, de forma que la variable tiempo se tenga siempre presente en el estudio de la realidad social» (11).

Entre un pasado irreversible e irrecuperable que guarda lecciones impagables para los que quieran aprender de él, y un futuro a elegir y determinar, más que determinante, se encuentra el presente como realidad única a manejar. Única, pero también viva y cambiante; de ahí el guiño de la sociología a la historia como ciencia social hermana con la que debe cooperar. «Dicho más brevemente, la sociología posibilita al menos la atenuación del etnocentrismo en lo que se refiere a la organización y los procesos sociales y, literalmente, permite percibir la historicidad de los fenómenos sociales estudiados. Por eso tiene tan poco sentido una sociología histórica que no se pregunte de dónde vienen los procesos y las instituciones sociales (y adónde van), sino que los examine fuera del tiempo» (12). En una suerte de equivalencia con las ciencias naturales, en el intento por entender los acontecimientos sociales que se suceden, la historia vendría a ser el laboratorio social que almacena datos empíricos de indudable valor. En términos hogareños, sería el viejo desván donde se amontonan y apiñan enseres, harapos, documentos, secretos, anécdotas... de varias generaciones familiares.

Por esta dinámica e inquieta idiosincracia, una sociología carente de sensibilidad histórica debería ser desenmascarada y puesta en entredicho. «Asombrado», como Braudel, de que los sociólogos puedan escaparse del tiempo, de la duración (13), Beltrán denuncia y reacciona contra tal ahistoricismo, sumándose a la opinión de Carr: «Cuanto más sociológica se haga la historia y cuanto más histórica se haga la sociología, tanto mejor para ambas» (14). Se trata de la fundamental diferencia para toda ciencia real, anotada puntualmente por Comte «entre la apreciación estática y la apreciación dinámica de una cuestión cualquiera» (15).

En segundo lugar, aparece el método comparativo mediante el cual la sociología intentaría emular el método experimental propio de las ciencias físico-naturales. «El método comparativo es consecuencia de la conciencia de la diversidad: la variedad de formas y procesos, de estructuras y comportamientos sociales, tanto en el espacio como en el tiempo, lleva necesariamente a la curiosidad del estudioso, al examen simultáneo de dos o más objetos que tienen a la vez algo en común y algo diferente» (16). El mismo Comte distingue dos clases distintas de comparaciones, por semejanza y por filiación. «Respecto a cada orden de acontecimientos, estas leyes deben distinguirse, desde este punto de vista, en dos clases, según que vinculen por semejanza a los que coexisten o –por filiación– a los que se suceden» (17). Esto explica que Comte utilice ambos métodos de investigación, el histórico y el comparativo, en contraposición a Durkheim, que sólo contempla el método comparativo. «Ahora bien, como los fenómenos sociales escapan evidentemente a la acción del operador, el método comparativo es el único que la sociología puede poner en práctica» (18). Hasta qué punto la comparación de series de variaciones regularmente constituidas de extensión suficiente es el único método de trabajo válido para Durkheim, queda confirmado con expresiones como ésta: «La sociología comparada no es una rama particular de la sociología, sino la sociología misma, en tanto deja de ser meramente descriptiva y aspira a dar cuenta de los hechos» (19).

En tercer lugar, el sociólogo debe someterse enteramente a la discusión racional y fundada, característica del método crítico-racional. «El método racional, pues, ha de considerarse en el contexto de una teoría del conocimiento que no se agote en el empirismo; su apoyo radica sobre todo en la tradición ilustrada, que concibe a la razón como luz

mediante la que el hombre puede disolver la oscuridad que le rodea» (20). Por su estrecha conexión con la inquietud personal que anima estas líneas, volveré enseguida al método crítico-racional.

En cuarto lugar, el método cuantitativo de análisis, intrínsecamente asociado a las ciencias físico-naturales que en su nivel de sofisticación y rigor se ven requeridas a contar, pesar y medir. En lo que respecta a las ciencias sociales, éstas pueden y deben utilizar el método cuantitativo, siempre y cuando el objeto de su análisis lo exija y permita. Beltrán pone al lector sobre aviso de dos extremos igualmente nocivos. «Por una parte, un cierto humanismo delirante ha rechazado con frecuencia cualquier intento de considerar cuantitativamente fenómenos humanos o sociales, apelando a una pretendida dignidad de la criatura humana que la constituiría en inconmensurable; de otro lado, una actitud compulsiva de constituir a las ciencias sociales como miembros de pleno derecho de la familia científica físico-natural ha llevado a despreciar toda consideración de fenómenos que no sea rigurosamente cuantitativa y formalizable matemáticamente» (21).

A ese respecto, presentando la sociedad humana multitud de circunstancias y accidentes sociales susceptibles de ser analizados por el método cuantitativo, bueno sería que no se mezclen los efectos, resultados o consecuencias que se derivan de su conducta, aptos para ser estadísticamente descritos, con las causas que los explican. La descripción del problema puede ser cuantitativa, no así su definición e interpretación. «Método cuantitativo y empirismo no son la misma cosa. En efecto, el método cuantitativo es siempre empírico, pero no es cierto lo contrario, pues empírica es también la investigación cualitativa, en la medida en que no es puramente especulativa, sino que hace referencia a determinados hechos» (22).

Por último, y como desarrollo posterior de lo arriba descrito, aparece el método cualitativo de análisis. Uno y otro método, el cuantitativo y el cualitativo, han de calificarse de empíricos, aunque en uno, el cualitativo, «se trate de establecer identidades y diferencias, y el lenguaje sea elemento constitutivo del objeto, mientras que en el otro, el cuantitativo, se “cuenten unidades” y no se haga cuestión del lenguaje; pero en ambos casos es necesaria la observación del objeto como proceso de producción de datos» (23). Con relación al prestigio y solidez del método cualitativo, una especie de complejo de inferioridad de algunos científicos sociales les lleva a identificar la ciencia natural como la norma o modelo básico de comportamiento, anhelando poder disfrutar en sus labores de la precisión y sencillez argumental de que hace gala. «Una idea relacionada es que las ciencias naturales son cuantitativas y la investigación social es científica en la medida en que es también cuantitativa. Pero no podríamos sostener que datos falsificados tengan mérito científico, de modo que este criterio de la ciencia tiene que remitirse a otras directrices de una buena práctica científica, y engañar no es el único procedimiento que dicha práctica prohíbe. Los datos cuantitativos, aunque hayan sido obtenidos honradamente, pueden ser insignificantes o intrascendentes. Una vaga proposición cualitativa puede ser empíricamente más útil que una numérica precisa» (24).

Por consiguiente, los métodos cuantitativos y cualitativos de análisis aludidos no sólo no se excluyen, sino que se interpelan y complementan, razón por la que el investigador social no debería prescindir de ningún dato a su alcance. Lo que sí es aconsejable es supeditar la producción numérica a la lógica argumental. «La tecnología estadística ocupa un lugar subordinado a la tecnología lingüística, pues contar unidades es una operación posterior y lógicamente inferior a la de establecer identidades y diferencias» (25).

3.- La sociología y la inclusión de los valores

Una vez enumeradas en el apartado anterior las cinco rutas de acceso al conocimiento de la acción social, es obligado detenerse en el tercero de los métodos de trabajo contemplados, el análisis crítico-racional. La presunción cardinal del método racional es asociar, como no podía ser de otra manera, la ciencia con la razón. De ese señorío ilustrado y emancipado de la razón no tienen por qué quedar excluidos los fines últimos de la actividad humana. «La teoría crítica no trata de sustituir la ciencia por el misticismo, sino de que la ciencia recobre su competencia para la consideración racional de los fines del hombre, lo que implica reclamar para la ciencia el ejercicio de la reflexión racional, y no sólo la práctica del empirismo positivista que se niega a ir más allá de los hechos» (26).

Merece la pena proseguir con Beltrán en su reflexión sobre ese empirismo positivista que acepta a la sociedad tal como es. «Lo que el positivismo consagra es la no racionalidad de la esfera de los fines, y lo que la teoría crítica reivindica es justamente la restitución de los fines del hombre al ámbito de la racionalidad, esto es, de la ciencia. Entiéndase bien, la teoría crítica no pretende sustituir la racionalidad de la ciencia por la irracionalidad de la no-ciencia, sino recuperar para los fines humanos, para los valores y para el deber ser, su lugar en la ciencia» (27).

Dicho de otro modo, desde los planteamientos intelectuales más positivistas, «se predica la racionalidad instrumental o técnica donde hay en realidad mucho más que eso, y se niega cualquier racionalidad científica a lo más importante» (28). Beltrán no se lleva a engaño. Para él, el tenaz empeño de la escuela de pensamiento positivista de presentarse en sociedad bajo un manto puro de asepsia e imparcialidad es, si no sospechoso, cuando menos ingenuo e inútil. «La ciencia social positivista considera, en contra de lo que se dice, los fines sociales: pero lo hace de manera clandestina, en un ámbito que afirma no les corresponde por estar exento de valoraciones. En contra de este planteamiento, que me parece imposible e inconsecuente, creo que hay que devolver a las ciencias sociales su tradicional componente normativo, esto es, su derecho a considerar científicamente, racionalmente, los fines sociales» (29).

Para la mejor comprensión y entendimiento de los trabajos sociales de investigación, la oportuna y puntual reflexión de Beltrán invita a profundizar en el componente normativo de la sociología, delicada cuestión que tradicionalmente ha sido objeto de polémica en la comunidad académica, especialmente a raíz de la aparición y apogeo del positivismo. «La idea de que un científico estudie sencillamente lo “que es”, como ha afirmado John Dewey, es una concepción estrecha de la ciencia. Pocos sociólogos industriales parecen haber caído en la cuenta de que una de las funciones de la ciencia social es también la de explorar las combinaciones alternativas (y mejores, es decir, más humanas) del trabajo, y no limitarse sencillamente a hacer más efectivas las que ya existen» (30).

El autor de este ensayo está plenamente de acuerdo con las opiniones vertidas por Daniel Bell y Beltrán. Es preocupante un enfoque de las ciencias sociales que, por mor de una supuesta objetividad y rigor científico, se autoexcluyen y marginan en su importante función de servir al progreso y mejora del hombre. El mayor peligro de esta actitud antimetafísica que denunciara Mounier sin ningún tipo de ambages en su manifiesto personalista, es ese manto de objetividad científica con el que se engalana. Como indica Gordon, «la actitud de indiferencia moral no tiene nada que ver con la objetividad científica» (31). En ese difícil equilibrio, el test de la objetividad del sociólogo consiste en dejar claro cuándo se está hablando de hechos y cuándo se recurre a opiniones y juicios de valor personales. Sobre los primeros, las proposiciones objetivas pueden comprobarse empíricamente; sobre los segundos, sus valores pueden debatirse críticamente.

Por esta misma razón, el autor no tiene reparos en discrepar abiertamente de Herbert Simon, quien atrapado en un relativismo extremo, llega a decir: «Science is interested in sentences only with the regard to their verification. Hence, science is concerned with the factual aspects of meaning, but not with the ethical» (32). En la misma obra, cuatro páginas después, Simon confirma su postura personal como investigador: «Administrative science, like any science, is concerned purely with factual statements. There is no place for ethical assertions in the body of a science» (33). De este modo, los valores quedan excluidos taxativamente del quehacer científico.

El autor de estas líneas no es el único que se desmarca del planteamiento de Simon. Abraham Maslow, por citar a alguien conocido incluso fuera del ambiente académico, en su libro «The Farther Reaches of Human Nature», es bien explícito a tenor de la cita literal abajo recogida (34). Un autor contemporáneo y poco dudoso, Robert Bellah, no le va a la zaga: «Social science as public philosophy cannot be value-free. It accepts the canons of critical, disciplined research, but it does not imagine that such research exists in a moral vacuum» (35). Ya en nuestra España de 1996, y en referencia explícita a la sociología, Gómez Fernández pone de manifiesto que «una sociología correcta no puede ser indiferente y neutral con respecto a la concepción del hombre, la sociedad y los valores críticos» (36).

Este debate intelectual en torno a los valores personales que el sociólogo arrastra en su investigación, donde se acaba encontrando atrapado y envuelto por ellos, no es nuevo. Desde siempre, los enfoques metodológicos que abanderan la neutralidad más absoluta en la coordinación de los trabajos sociales, han puesto serias reservas al talante interesado y partidista que adorna y empaña la observación y estudio de los fenómenos sociales por parte de un número significativo de científicos. «En ciencias sociales, el investigador no puede permanecer “fuera de la probeta”. Está dentro y la “contamina”» (37). Es el problema del subjetivismo, por el cual se discute el poder de la sociología para explicar y entender la realidad. «Los científicos sociales, en cuanto individuos portadores de valores, se encuentran incapacitados para estudiar objetivamente la realidad social» (38). La cita textual de Berlin es un buen exponente literario de este paradigma sociológico (39).

La fuente última de esta corriente cultural reside en la obra de Comte, para quien «positivo» se opone a la vez a religión y metafísica. «El estado positivo es el tercero que alcanza la humanidad en su progresivo desarrollo, tras haber pasado sucesivamente por el estado teológico y el estado metafísico. En el lenguaje actual, el término es entendido casi en el mismo sentido: la ciencia es positiva porque estudia lo que es, no lo que debe ser. La distinción de lo positivo y de lo no positivo es la del ser y del deber ser» (40). En relación a la supuesta superioridad científica del estado positivo, sólo adelantar un apunte que tiempo habrá de desarrollar con más detalle. Las propias obras de Comte, por poner un caso muy llamativo, están repletas de opiniones y especulaciones vagas que no son precisamente un ejemplo práctico de metodología positivista.

Esta orientación científica es contrarrestada por las llamadas ciencias normativas. De éstas, el derecho y la ética, cuyo objeto se centra en las normas que deben observarse en la vida social, serían las más indiscutidas. Pues bien, siguiendo la estela dejada por ellas, las demás ciencias sociales no pueden dejar de estudiar, además del ser, el deber ser que se niega desde una lectura físico-natural de la ciencia. A la noción de fenómeno positivo se opondría entonces la de valor. «La noción de valor implica la adopción de una postura frente a las categorías del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo bello y de lo feo, de lo bueno y de lo malo, de lo agradable y lo desagradable, de lo útil y de lo inútil» (41).

La naturaleza de la relación entre ciencia y valores fue desarrollada extensamente por Spencer en su «Estudio de la sociología». Gran parte de esta obra está consagrada a esa delicada relación. «En su opinión, el sociólogo es probable que incorpore ciertas preconcepciones a su estudio de los fenómenos sociales porque ha sido “enculturado” en una sociedad de la que sigue siendo miembro y tiene ciertos valores y creencias comunes a toda ella. Spencer consideró que esto era un problema para la sociología científica, pero no un problema insuperable, ya que el sociólogo metódico puede identificar los prejuicios y defenderse de ellos» (42). Spencer llama a este entrelazamiento tan íntimo entre los valores personales de los científicos y sus procedimientos de investigación, el problema emotivo o intelectual de la ciencia social. El peligro existe, y Spencer era bien consciente del mismo, pero eso no supone eliminar la noción de objetividad del alcance de las ciencias sociales.

En esta tesitura, sumido el autor en tan viejo dilema, y a la vista de la entidad del asunto planteado, se antoja indispensable detenerse en algunos de los grandes maestros de la sociología. Concretamente, repasaré algunas de las ideas de Comte, Durkheim y Weber, estudiando sus textos originales, con la finalidad de extraer enseñanzas válidas para el desarrollo actual de las ciencias sociales.

4.- Una mirada a los clásicos

Auguste Comte (1798-1857)

Básicamente, el gran ideal de Comte era estructurar la filosofía sobre fundamentos puramente científicos. En resumidas cuentas, se trataba de aplicar los métodos científicos de investigación a los problemas sociales con resultados tan precisos como los de la física, la química y demás ciencias naturales. Como tuve ocasión de adelantar antes en el epígrafe sobre sociología y valores, según la doctrina positivista las especulaciones humanas pasan sucesivamente por tres estados teóricos distintos: el estado teológico, el metafísico y el positivo.

El primer estado, el teológico, que muestra una predilección característica por las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles e inaprensibles a toda investigación definitiva, ha ido expresando su identidad bajo tres formas –el fetichismo, el politeísmo y el monoteísmo–. Constante a los tres «es la necesidad de recurrir a la intervención directa y permanente de una acción sobrenatural, siempre que se intenta remontarse a la causa primera de cualquier suceso» (43). Frente a la prudencia típica del estado positivo, que le lleva a proceder gradualmente incluso sobre los asuntos más triviales, Comte subraya «la loca temeridad del espíritu teológico frente a las cuestiones más difíciles» (44). Otra contraposición que identifica Comte entre el estado teológico y la verdadera ciencia es que la ciencia, debido al inevitable optimismo providencial, se ha visto obligada a «resaltar cada vez más la radical imperfección del orden real» (45).

El paso de este régimen inicial, que Comte denomina la infancia de la humanidad, al estadio superior positivo que se corresponde con la virilidad mental del hombre, exige el auxilio de una filosofía intermedia. Tal es la contribución especial del estado metafísico en la evolución de nuestra inteligencia. «Como la teología, en efecto, la metafísica intenta sobre todo explicar la íntima naturaleza de los seres, el origen y el destino de todas las cosas, el modo esencial de producirse todos los fenómenos; pero en lugar de emplear para ello los agentes sobrenaturales propiamente dichos, los reemplaza, cada vez más, por aquellas entidades o abstracciones personificadas, cuyo uso, en verdad característico, ha permitido a menudo designarla con el nombre de ontología» (46). Del carácter transitorio de este estado

metafísico habla bien elocuentemente este párrafo. «Ya no es entonces la pura imaginación la que domina, y todavía no es la verdadera observación: pero el razonamiento adquiere aquí mucha extensión y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico» (47).

A pesar del avance habido con respecto al estado teológico, la tenaz insistencia en especular sobre la realidad en lugar de mirarla de manera científica se mantiene firmemente enquistada en el alma del investigador metafísico. «Su parte especulativa se encuentra primero muy exagerada, a causa de aquella pertinaz tendencia a argumentar en vez de observar que, en todos los géneros, caracteriza habitualmente al espíritu metafísico, incluso en sus órganos más eminentes» (48). Vendrían a ser los tic del pasado que todavía persisten y que es menester extirpar para llegar a la madurez intelectual y científica del estado positivo. Sería el doloroso proceso de desprenderse de un equipaje cultural y moral impropio de la ciencia.

Afortunadamente, el largo preámbulo teológico y metafísico conduce al fin a la inteligencia al estado positivo, el único plenamente normal y régimen definitivo de la razón humana. «Como tales ejercicios preparatorios han comprobado espontáneamente la radical vaciedad de las explicaciones vagas y arbitrarias propias de la filosofía inicial, ya teológica, ya metafísica, el espíritu humano renuncia desde ahora a las investigaciones absolutas que no convenían más que a su infancia, y circunscribe sus esfuerzos al dominio, desde entonces rápidamente progresivo, de la verdadera observación, única base posible de los conocimientos accesibles en verdad, adaptados sensatamente a nuestras necesidades reales» (49). En definitiva, aconseja Comte, dejemos de elucubrar sobre el bien y el mal, controlemos esta tendencia enfermiza a discutir y filosofar, y corramos prontos a mirar la realidad. Inspirada en ese realismo desnudo, la lógica positivista reconoce como regla fundamental que toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible.

La imaginación o espiritualismo propios del primer estado, la especulación o disgresión más o menos ponderada del estado metafísico, ceden terreno y supremacía en favor de la pura observación. «En una palabra, la revolución fundamental que caracteriza a la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las leyes, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados» (50). A tenor de los distintos pasajes de Comte de los que me vengo haciendo eco, el techo científico de las investigaciones positivas parece quedar claramente marcado. Comte, de una manera casi taxativa, elimina de su horizonte investigador toda tentativa de rastrear tanto la causa primaria de cualquier acontecimiento como el desenlace final de una acción contemplada desde un punto de vista dinámico. «Nuestras investigaciones positivas deben reducirse esencialmente, en todos los géneros, a la apreciación sistemática de lo que es, renunciando a descubrir su primer origen y su destino final» (51).

Sin embargo, obsérvese si el positivismo es realmente tan modesto en sus planteamientos. Comte aludía antes a la mera investigación de las leyes. Una mínima recapacitación sobre este punto. La primacía indisputable de la observación sobre la imaginación, aserto fundamental del positivismo, no significa en modo alguno que la ciencia haya de ser reducida a una «estéril acumulación de hechos incoherentes, que no podría ofrecer otro mérito esencial que el de la exactitud parcial. Importa mucho, pues, percatarse de que el verdadero espíritu positivo no está menos lejos, en el fondo, del empirismo que del misticismo» (52). Introducido ese matiz, en la elaboración de las leyes de los fenómenos consiste realmente la ciencia, y en ese empeño el papel de los hechos queda claramente establecido. «Los hechos propiamente dichos, por exactos y numerosos que puedan ser, nunca procuran otra cosa que materiales indispensables» (53).

Comte, crítico implacable de los estados teológico y metafísico, parecía haber entronizado, en su alergia por todo lo que pueda oler a subjetivismo, la observación a las más altas cumbres de la ciencia. Craso error de multitud de crédulos estudiosos de su obra. En cuanto puede, la observación es relegada a un segundo plano. «La verdadera ciencia tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional que constituye, por todos los aspectos, el principal carácter del espíritu positivo» (54). La mera lectura del texto comtiano consigue que broten espontáneas multitud de preguntas, entre otras: ¿qué se entiende por previsión racional? (Un paréntesis necesario. La previsión racional del futuro confirma la importancia que Comte confiere a la historia. «Hoy se puede asegurar que la doctrina que haya explicado suficientemente el conjunto del pasado obtendrá inexorablemente, por consecuencia de esta única prueba, la presidencia mental del porvenir» (55).) Siendo la previsión racional el principal carácter de la nueva ciencia, ¿en qué se diferencia de la especulación metafísica? ¿De qué criterios se sirve Comte para calificar de racional o irracional una determinada previsión? ¿Qué examen puede esperar un científico comprometido para que su investigación obtenga el visto bueno del tribunal positivista, pasando así a formar parte de una elite intelectual superior? Estas y otras preguntas permanecen sin contestar, pero nos queda el consuelo de ciertas aseveraciones muy aclaratorias. «El verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver para prever, en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de invariabilidad de las leyes naturales» (56).

Descartado el empirismo como referente científico, aflora pujante el auténtico presupuesto positivista de un orden necesario de leyes sociales que la sociología debe determinar, y que permitirá una previsión infalible de los fenómenos de la sociedad. De repente, el techo intelectual se levanta, el cielo surge brillante y nuevas posibilidades científicas se presentan al futurista sociólogo positivista.

Los atributos de la nueva y auténtica filosofía los resume Comte en la página 58 de la obra referenciada. Por positivo se entiende, en primer lugar, lo real, por oposición a lo quimérico, quedando excluidos de su campo los misterios impenetrables. Segundo rasgo, lo útil frente a lo inútil. Mejoramiento continuo y no curiosidad estéril. Tercero, certeza frente a indecisión. Las dudas indefinidas y discusiones interminables del antiguo régimen mental son felizmente superadas. Cuarto, lo preciso sobre lo vago, característica de una disciplina que se apoyaba en una autoridad sobrenatural. Quinto, y aunque parezca una redundancia, la palabra positivo como lo contrario a negativo. El encargo de la filosofía positivista será organizar y construir el futuro, no destruir.

Volveré a Comte al hablar del holismo metodológico. Pero antes de cerrar esta primera aproximación, y continuar con Durkheim, significar la presencia de valores y afirmaciones excesivamente generalistas en distintos pasajes de su obra que dibujan un Comte vago, impreciso e incluso soñador en su afán de prever el futuro. Como pequeña muestra, recojo algunos testimonios. «Erigiendo así a la noción del progreso en dogma verdaderamente fundamental de la filosofía humana, sea práctica o teórica, le imprime el carácter más noble, y al mismo tiempo más completo, representando siempre al segundo género de perfeccionamiento como superior al primero» (57). En el desarrollo de lo que entiende Comte por el dogma del progreso, aparecen sin que se percate el propio Comte ideas y nociones que lindan con los temidos valores. «Este perfeccionamiento consiste esencialmente, sea para el individuo o para la especie, en prevalecer cada vez más los atributos eminentes que distinguen más nuestra humanidad de la mera animalidad; es decir, de un lado, la inteligencia; de otro, la sociabilidad, las facultades naturalmente solidarias, que sirven mutuamente de medio y de fin» (58). Solidaridad, inteligencia, ideas sometidas todas ellas al valor por antonomasia del positivismo, la consecución y preservación del orden social. «Para la nueva filosofía, el orden constituye

siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden» (59). En la búsqueda de ese anhelado orden positivista, Comte acepta y registra la causa moral de los conflictos sociales, sin que ello lo lleve a indagar metodologías de avance de la ciencia que este reconocimiento implica. «Las principales dificultades sociales no son hoy políticas, sino sobre todo morales, de manera que su solución posible depende realmente de las opiniones y de las costumbres mucho más que de las instituciones» (60).

A medida que sigue escribiendo, Comte se va animando y nos va mostrando su auténtico ser científico. Para alguien que no cree en las ciencias normativas, enfrascadas en el mundo irreal del deber ser, esta afirmación es esclarecedora. «Sólo la nueva filosofía puede establecer hoy, respecto a nuestros diversos deberes, convicciones profundas y activas verdaderamente susceptibles de sostener con energía el choque de las pasiones» (61). Desde este planteamiento, la llamada a una nueva autoridad espiritual que intervenga sistemáticamente y que recuerde con energía las máximas fundamentales y que vele por su aplicación, aunque no deja de preocupar, ya no sorprende. «Al realizar así el gran oficio que el catolicismo no ejerce ya, este nuevo poder moral utilizará con cuidado la feliz aptitud de la filosofía correspondiente para incorporarse espontáneamente la sabiduría de todos los diversos regímenes anteriores, según la tendencia ordinaria del espíritu positivo respecto a un aspecto cualquiera» (62).

Son varias las veces que Comte utiliza el término moral. Independientemente de la incongruencia con sus planteamientos iniciales, uno echa de menos un estudio más serio y penetrante de la nueva moral positivista. ¿Cuáles son sus fundamentos? ¿Qué tipo de relaciones mantiene con la libertad del ser humano? Palabra escasa y carísima en los estudios comtianos. No desarrolla, por vago e impreciso, insisto, lo que entiende por la nueva moral, pero, transparente como todos, la deja entrever. «El primer y principal resultado social consistirá, en efecto, en constituir solidariamente una activa moral universal, prescribiendo a cada agente, individual o colectivo, las reglas de conductas más conformes con la armonía fundamental» (63). Curiosa moral que ataca la libertad y responsabilidad individual y que prescribe imperativamente el modo de comportamiento para llegar al nuevo orden social. De la descripción «científica» Comte pasa a la prescripción «normativa» con pasmosa facilidad, y a tenor de lo prescrito, la nueva filosofía causa desazón y estupor.

Para alguien que dice que fuimos teólogos en la infancia, metafísicos en la juventud y filósofos naturales en la edad madura, uno, vistas las incoherencias en que incurre Comte, no puede por menos de interrogarse qué tipo de camino físico, científico y moral ha recorrido en su viaje a la plenitud humana.

Emile Durkheim (1858-1917)

Durkheim pretende que el estudio de los hechos sociales, que constituye el dominio propio de la sociología, sea objetivo y científico. Loable objetivo por virtud del cual propone tratar los acontecimientos sociales con distanciamiento científico, desde fuera, como cosas. Pero, paradójicamente, acaba construyendo una sociología poco científica y claramente ideológica. Intentaré desarrollar esta valoración personal.

El hecho social, objeto central de la sociología de Durkheim, es definido de la siguiente manera: «Hecho social es toda manera de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o bien: “Que es general en el conjunto de una sociedad, conservando una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales”» (64). En esa definición de hecho social ya se percibe nítidamente el fuerte

sello holista y estructural que rezuma toda la sociología de Durkheim. La explicación de la esencia de los hechos sociales —«consisten en maneras de obrar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo, y que están dotadas de un poder coactivo, por el cual se le imponen» (65)— viene a reafirmar al estudioso de Durkheim en su primera impresión.

La sociología es una ciencia exterior al individuo, y esa calificación le otorga un rasgo distintivo y privilegiado entre el elenco de las ciencias sociales. «Esta calificación le conviene, pues no teniendo al individuo por sustrato, es evidente que no puede tener otro que la sociedad, ya a la política en su integridad, ya a algunos de los grupos parciales que contiene, confesiones religiosas, escuelas políticas, literarias, corporaciones profesionales, etc.» (66).

El otro rasgo destacado de los hechos sociales es el papel singular que Durkheim, extraordinariamente sensibilizado como Comte al logro y mantenimiento del orden, otorga a la coacción. «Mas siendo hoy ya incontestable que la mayoría de nuestras ideas y tendencias no son elaboradas por nosotros, sino que provienen del exterior, es evidente que sólo pueden penetrar en nosotros por medio de la imposición» (67). Así presentados, estos hechos sociales «constituyen una realidad “sui generis” muy distinta de los hechos sociales que las manifiestan» (68). En la última parte de este trabajo criticaré la «capacidad» científica de Durkheim para estudiar los eventos sociales de espaldas a las conductas individuales de los miembros de la sociedad. Ahora me limitaré a estudiar el método de análisis de la realidad social que Durkheim sugiere. Estamos ante las famosas reglas de método sociológico que prestan su nombre al libro referenciado.

«La primera regla, y la más fundamental, es el considerar los hechos sociales como cosas» (69). Durkheim, alerta ante la amenaza de una sociología acientífica, denuncia oportunamente el velo que se interpone entre la realidad y nuestros ojos, velo tejido por nuestras ideas e intereses. «En lugar de observar las cosas, describirlas y compararlas, nos contentamos entonces con tener conciencia de nuestras ideas, con analizarlas y combinarlas. En lugar de una ciencia de realidades, no realizamos más que un análisis ideológico» (70). Tal distorsión produce que se altere el orden natural de los factores intervinientes en la fórmula sociológica. «Pero entonces los hechos sólo intervienen de una manera secundaria, como ejemplos o pruebas confirmatorias: no son objeto de la ciencia. Esta va de las ideas a las cosas, no de las cosas a las ideas» (71). Una mínima pasión científica por conocer la realidad en su inmensidad obliga a suscribir sin reparo las palabras de Durkheim. El sociólogo francés piensa que si el filtro de las ideas o nociones se ha interpuesto entre las cosas y nosotros, incluso en las ciencias naturales, cuál no será mayor el peligro con la sociología. A este respecto, uno de los destinatarios de sus diatribas será Comte. «Es verdad que Comte ha proclamado que los fenómenos sociales son hechos naturales, sometidos a las leyes naturales. Comte reconoció, pues, y de una manera implícita, su carácter de cosas, pues sólo hay cosas en la Naturaleza. Pero cuando abandonando estas generalidades filosóficas intenta aplicar su principio y hacer emerger de él la ciencia que contiene, toma a las ideas como objetos de estudio» (72). «Procediendo de esa guisa, no sólo se continúa en la ideología, sino que se da como objeto en la sociología un concepto que no tiene nada de propiamente sociológico» (73).

Spencer, en su defensa del principio de que la cooperación espontánea entre individuos es la esencia de la vida social, era más que previsible que fuera un blanco más de las críticas de Durkheim. Es, pues, sostiene Durkheim en relación a la cooperación, «una nueva manera de concebir la realidad social, que se sustituye a esta realidad. Lo que se define no es la sociedad, sino la idea que de ella tiene Spencer» (74). En esta lista de denuncias, ahora le toca el turno a las ciencias. Y entre ellas la economía y la moral tendrán un trato preferente. «Tanto en economía política como en moral, la parte correspondiente a la investigación científica es, pues, muy limitada, siendo preponderante la del arte» (75).

Frente a esta preocupante tendencia ideologizante o especulativa de los científicos sociales, Durkheim vuelve a su primer axioma. «En efecto, es cosa todo lo que es dado, todo lo que se ofrece o, mejor, lo que se impone a la observación. Tratar los fenómenos como cosas es tratarlos como “datos” que constituyen el punto de partida de la ciencia» (76). Considerar los fenómenos sociales en sí mismos, desligados de los sujetos conscientes que se los representan, es un mandamiento capital de obligada observancia en la doctrina durkhiana. Sólo así podrá la sociología pasar del estadio subjetivo en que generalmente todavía se mantiene, al objetivo.

De la primera regla, y de todo lo que se acaba de indicar, resultan una serie de corolarios. Uno de ellos es el siguiente. «Es preciso evitar todas las prenociones» (77). Sensiblemente preocupado ante esa debilidad de los científicos sociales, Durkheim recurre a Descartes para apoyar su exposición: «En el fondo, la duda metódica de Descartes no es más que una de sus aplicaciones. Si en el momento en que iba a fundar la ciencia Descartes eleva a la categoría de ley el dudar de todas las ideas que ha recibido anteriormente, es que este filósofo no quiere emplear más que conceptos elaborados científicamente, es decir, a tenor del método que instituye» (78). Durkheim confía esperanzado en que, acorralado de ciencia en ciencia, el prejuicio místico acabará por desaparecer del escenario sociológico, para dejar el campo libre al sabio atareado en el progreso de la ciencia.

Otra regla que deriva de la primera: «Sólo se ha de tomar como objeto de investigación un grupo de fenómenos anteriormente definidos por ciertos caracteres exteriores que les son comunes, y comprender en la misma investigación a cuantos correspondan a esta definición» (79). Como ejemplo de esta regla que es formulada en clave positiva, Durkheim señala la criminología, que hace del crimen el objeto de su estudio. Para que la ciencia llegue a ser objetiva no debe partir de conceptos, sino de sensaciones, a través de las cuales nos ponemos en contacto con el exterior de las cosas. La sensación se convierte en la materia primera y necesaria de todos los conceptos. «Es de la sensación de donde se derivan todas las ideas generales, verdaderas o falsas, científicas o no. El punto de partida de la ciencia o conocimiento especulativo no puede ser otro que el del conocimiento vulgar o práctico» (80).

De esta reflexión sobre las sensaciones, Durkheim colige otra regla que presenta en forma admonitoria: «Pero la sensación es fácilmente subjetiva. Y en las ciencias naturales constituye otra regla, el evitar los datos sensibles, que se inclinan a identificarse demasiado con la personalidad del observador, para retener exclusivamente aquellos que presentan un suficiente grado de objetividad» (81). Prescindiendo de los actos individuales, principal fuente de sensaciones subjetivas e interesadas, los hábitos colectivos se expresan en formas definidas, reglas jurídicas, morales, dichos populares, hechos de estructura social, etc. Estos hábitos «constituyen un objeto fijo, un modelo constante, siempre al alcance del observador, y no permite las impresiones subjetivas y las observaciones personales» (82).

Como conclusión de este primer acercamiento a Durkheim, los rasgos principales de su método de investigación serían los siguientes. En primer lugar, su método es independiente de toda filosofía. En palabras del propio Durkheim, «la sociología no ha de ver con más simpatía la libertad que el determinismo. Lo que exige es que el principio de causalidad se aplique a los fenómenos sociales» (83). Sin perjuicio de mis conclusiones finales sobre la investigación social emprendida por Durkheim, que reservo para el apartado sobre holismo metodológico, cuesta pasar por alto frases de tan grueso calibre. Adelanto ya una duda inquietante. La hipotética asepsia de la sociología frente al ancestral conflicto libertad-determinismo, ¿es garantía de su independencia y altura científica, como postula Durkheim, o es prueba inequívoca de un enfoque conceptual manirroto, herido de indiferencia y desdén filosóficos, que acabará acarreado una muerte anunciada?

En segundo lugar, el método es objetivo. Está dominado por la idea de que los hechos sociales son cosas y deben ser tratados como tales. «Ya hemos indicado que el sociólogo debía evitar las nociones anticipadas que tenía de los hechos y mirar éstos de frente; que tenía que considerarlos por sus caracteres más objetivos; que tenía que clasificarlos en sanos y morbosos» (84). Otra cuestión que anticipo. Convendría saber cuáles son los criterios «científicos» que utiliza Durkheim para calificar unos hechos de sanos y otros de morbosos.

El tercer rasgo característico es ser exclusivamente sociológico. Durkheim cree haber demostrado que un hecho social sólo puede ser explicado por otro hecho social, y en ese reino social reside la especificidad de la sociología como disciplina independiente «Pues una ciencia sólo tiene razón de existir cuando tiene por materia un orden de hechos que no estudian los demás ciencias» (85). Como sustrato de la nueva ciencia sociológica subyace el anhelo de una vida colectiva disciplinada y ordenada hasta sus últimos límites. «Las reglas que acabamos de exponer permitirán construir una sociología que considere el espíritu de disciplina como la condición esencial de toda la vida en común, fundándola, al propio tiempo, en la razón y en la verdad» (86).

¿De qué verdad habla Durkheim? ¿La utilización del vocablo verdad no es contradictoria con su turbación científica por la objetividad? Como afirma Raymond Aron, Durkheim «quiso ser un científico puro, pero esto no le impidió sostener que la sociología no merece que se le dedique ni una hora siquiera si no nos permite mejorar la sociedad» (87). Verdad, mejoramiento de la sociedad, de nuevo entran de soslayo proposiciones normativas en un esquema supuestamente docto, técnico e imparcial ante los valores.

Max Weber (1864-1920)

Con Max Weber, la todavía tierna y frágil sociología alcanza una talla científica inédita hasta la aparición del sociólogo alemán en el universo académico. Desde cualquier ángulo que se quiera contemplar –intelectual, moral, empírico, racional–, Max Weber refuerza y consolida el prestigio, independencia e identidad propia de la nueva ciencia social.

En lo que a este documento respecta, y en relación al rigor científico de los métodos de trabajo de las ciencias sociales, probablemente nadie como Weber ha recalcado con tanta insistencia que hechos y valores son dos categorías bien distintas. La aceptación sin ningún género de dudas de la dicotomía hecho-valor no significa, sin embargo, que los valores deban de quedar excluidos de la temática sociológica. En absoluto, lo que sí le conduce es a enfatizar encarecidamente el estudio de los fenómenos sociales con un espíritu objetivo y serio.

Dejemos que hable Weber sin necesidad de intermediarios. Para ello sigo fundamentalmente uno de sus ensayos sobre metodología sociológica –«La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social»–, escrito en 1904. Al lector más avisado no le habrá pasado inadvertido el entrecomillado que rodea el vocablo objetividad, toda una pista segura y precoz de su orientación metodológica.

Weber comienza formulándose una serie de preguntas acerca del propósito de la revista científica *Archiv*, de la que fue un importante colaborador. «¿Qué significa que *Archiv* dé cabida en sus columnas a juicios acerca de reglas legislativas o de administración, o proyectos de tales? ¿Cuáles son las normas para estos juicios? ¿Cuál es la validez de los juicios de valor formulados o que determinado autor supone en los proyectos prácticos sugeridos por él? ¿En qué sentido se mantiene éste, con ello, en el terreno de la dilucidación

científica, ya que lo característico del conocimiento científico ha de hallarse en la validez “objetiva” de sus resultados en cuanto verdades? ¿En qué sentido existen “verdades objetivamente válidas” en el terreno de las ciencias de la vida cultural en general?» (88). Este cuestionario inicial implica un indicio revelador de la hondura de la investigación weberiana. En lugar de comenzar con afirmaciones grandilocuentes y categóricas, Weber opta por el procedimiento más modesto y útil de la pregunta.

Veamos ahora cómo intenta responder algunas de ellas. Como axioma fundamental de su método, expresa que «jamás puede ser tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios, de los cuales puedan derivarse preceptos para la práctica» (89). Primera llamada de atención para los científicos sociales autoritarios, más comprometidos con sus modelos y deseos, que intentan imponer «manu militari», que con una realidad que se les escapa. Hecha la advertencia, ¿qué se desprende de esa afirmación? «En modo alguno que los juicios de valor hayan de estar sustraídos en general a la discusión científica por el hecho de que derivan, en última instancia, de determinados ideales, y por ello tienen origen “subjetivo”. Ya la práctica y el fin mismos de nuestra revista desautorizarían semejante afirmación. La crítica no se detiene ante los juicios de valor. Antes bien, la cuestión es la siguiente. ¿Qué significa y qué se propone la crítica científica de los ideales y los juicios de valor? Esto requiere una consideración más atenta» (90). De esta manera, una vez planteada la primera premisa de su esquema metodológico, Weber despista a más de uno cuando defiende que de ese punto de partida inicial no se deriva necesariamente que los juicios de valor hayan de ser sustraídos a la discusión científica. Sobre este particular, ya se puede empezar a barruntar las importantes diferencias que separan a Weber de los sociólogos positivistas, incluidos entre éstos, sin que él lo pretendiera, el mismo Durkheim.

La consideración más atenta que Weber solicita sobre la inclusión de los juicios de valor en el debate científico por cuanto de subjetivo tienen, le lleva a ligarlo con el análisis del binomio fin-medios. El hombre que quiera actuar responsablemente en sociedad, antes de decidir libre y racionalmente, deberá sopesar los fines que persigue, los medios que pretende utilizar para conseguirlos, e intentar prever «a priori» las consecuencias que se pueden producir o resultar de la acción que lleva a cabo. Esta reflexión es propia del hombre adulto que pondera los valores en cuestión y elige entre las diversas alternativas según su propia conciencia personal. «La ciencia puede proporcionarle la conciencia de que toda acción y, también, naturalmente según las circunstancias, la in-acción, implica, en cuanto a sus consecuencias, una toma de posición en favor de determinados valores y, de este modo, por regla general en contra de otros –cosa que se desconoce hoy con particular facilidad–. Pero practicar la selección es asunto suyo» (91). Es toda una delicia ver la delicadeza y prudencia con las que Weber se acerca a la libertad del individuo. El entra con prudencia extrema en el laberíntico mundo de la acción humana, lleno de sorpresas y recovecos. Weber sabe que con frecuencia los análisis «a posteriori» de la acción difieren sensiblemente de los «a priori» establecidos. Y se percata de que ese desfase esconde la posibilidad de aprender positiva o negativamente. En esa toma personal de conciencia radica el respeto de Weber al difícil arte de decidir, respeto que no le impide seguir avanzando por un sendero bien estrecho. «Respecto de esta decisión, podemos ofrecerle todavía algo: el conocimiento del significado de aquello a que se aspira. Podemos enseñarle a conocer los fines que él procura, y entre los cuales elige, de acuerdo con su conexión y significado, ante todo poniendo de relieve y desarrollando su trabazón lógica de las “ideas” que están o pueden estar en la base del fin concreto» (92).

El tratamiento científico de los juicios de valor no sólo posibilita comprender y repensar los fines queridos y los ideales y sueños que están en su base, sino también, y sobre todo, enseña a «juzgarlos» críticamente. En cuanto se propone y asume este fin, esta crítica

«puede proporcionar al hombre que quiere la conciencia de los axiomas últimos que están en la base del contenido de su querer, de los criterios de valor últimos de los cuales parte inconscientemente o de los cuales, para ser consecuente, debiera partir» (93).

Inmediatamente después de presentar un plan de trabajo tan atractivo y sugerente, Weber vuelve a dar muestras de poseer un nivel de autocontrol esencial para el científico, el cual le permite trazar una línea que no está dispuesto a traspasar. Lo contrario sería una agresión de la «ciencia» de los lugares más íntimos del ser humano. «Ahora bien, llevar a la conciencia estos criterios últimos que se manifiestan en el juicio de valor concreto es, por cierto, lo máximo que ella puede realizar sin adentrarse en el terreno de la especulación. Que el sujeto que juzga deba profesar estos últimos criterios es asunto suyo, personal, y atañe a su voluntad y a su conciencia, no al saber científico» (94). Los límites que Weber pone al saber científico curiosamente realzan y prestigian su talento intelectual, amén de constituir toda una proclama y declaración en favor de la libertad de la persona. En detrimento de la autoridad espiritual incontestable de la que habla Comte, Weber se reafirma una vez más en que «una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué debe hacer, sino únicamente qué puede hacer y, en ciertas circunstancias, qué quiere» (95).

A tenor de lo manifestado por el gran sociólogo alemán, a nadie le puede sorprender que acabara denunciando los excesos y ambiciones desmedidas de los que pretendían ser «solamente» científicos. *Archiv*, dice Weber, «luchará incondicionalmente en contra de la grave ilusión de que se pueda, a través de la síntesis entre opiniones partidistas, o siguiendo la diagonal entre muchas de ellas, obtener normas prácticas de validez científica; en efecto, puesto que estas tentativas gustan de encubrir de manera relativista sus propios criterios de valor, son más peligrosas para una investigación imparcial que la antigua fe ingenua de los partidos en la “demostrabilidad” científica de sus dogmas» (96). «Encubrir de manera relativista sus propios criterios de valor», difícilmente se puede explicar más claro la incongruencia de los «asépticos» científicos positivistas. Una página más adelante, la pretensión de Comte de encerrar y sujetar lo social al imperio de leyes que podrían, en su majestad, prever el discurrir futuro de la humanidad, es puesta en entredicho por Weber. «De lo dicho hasta aquí se infiere que carece de sentido un tratamiento “objetivo” de los procesos culturales, si por tal se entiende que, como meta ideal de labor científica, haya de valer la reducción de lo empírico a las “leyes”» (97).

Weber no queda atrapado en la crítica a otras escuelas de pensamiento. En seguida pasa página e intenta construir una sociología que merezca un puesto de honor entre las diversas ciencias sociales. Lo mismo intenta hacer con su revista, *Archiv*. La aclaración sobre lo que debe ser la misión de una gran revista social no deja cabida para ningún tipo de equívocos. «Con respecto a nuestra labor, en efecto, una cosa es segura: una revista de ciencias sociales, en el sentido en que la entendemos, debe, en la medida en que tiende a ser ciencia, ser un lugar en que se busca la verdad» (98). Así de sencillo, lisa y llanamente. La búsqueda de la verdad debe ser la sana obsesión que acompañe las labores y vigiliadas del científico. Y ésta, la verdad, sólo se puede perseguir e indagar en un clima de rabiosa libertad intelectual. De ahí que Weber recuerde a los editores que éstos no pueden prohibir a sus colaboradores que expresen los ideales que alientan incluso en juicios de valor.

Pero la libertad del intelectual, ejercida de forma responsable, conlleva deberes ineludibles. El primero de ellos, que «tanto el autor como los lectores tengan conciencia, en cada instante, acerca de cuáles son los criterios empleados para medir la realidad y obtener –partiendo de ellos– el juicio de valor» (99). El segundo deber enunciado por Weber es especialmente esclarecedor. «El segundo imperativo fundamental de la imparcialidad científica consiste en lo siguiente: en tales casos es preciso indicar al lector (y –digámoslo nuevamente– a nosotros mismos) cuándo calla el investigador y comienza a hablar el hombre

como sujeto de voluntad, dónde los argumentos se dirigen al intelecto y dónde al sentimiento. La confusión continua entre elucidación científica de los hechos y razonamiento valorativo es una de las características más difundidas en nuestras disciplinas, pero también la más perjudicial» (100). Las anteriores consideraciones de Weber no las dirige en contra de la intromisión de los propios ideales, siempre y cuando ésta se haga de manera explícita y transparente, sino contra la confusión creada por los sociólogos que abanderan y pretenden monopolizar la lucha de la objetividad científica. En ese sentido, Weber matiza sabiamente que «descaracterización» y «objetividad» científica nada tienen en común. Según su diagnóstico, que comparto plenamente, sobran investigadores descaracterizados, despersonalizados y, mal que les pese a ellos, poco objetivos, y faltan científicos rigurosos y analíticos animados por los más altos ideales.

En un ensayo posterior al que vengo comentando, «El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociológicas y económicas», de 1917, Max Weber tiene palabras extraordinariamente duras para una visión neutral y vacía de valores de la sociología. «La indudable persistencia de estos elementos falsamente libres de valores, tendenciosos, introducidos en nuestra disciplina por el obstinado y consciente partidismo de poderosos grupos de interés, explica que un significativo número de sabios íntimamente independientes se aferran a la formulación de valores desde la cátedra: son demasiado orgullosos para participar de esa mascarada de una “neutralidad frente a los valores” sólo aparente» (101). Palabras demoledoras que colocan a algunos científicos sociales en su justo lugar. En cuanto Weber acaba de proferirlas, «ipso facto» se aferra otra vez a la libertad para proteger a la ciencia de caer encerrada en la tiranía. «En cualquier caso, el empleo por principio del derecho de formular valoraciones desde la cátedra sólo puede ser consecuente si, al mismo tiempo, se garantiza que todas las valoraciones partidistas tengan oportunidad de expresarse» (102).

Partiendo de aquí, Weber parece alzar el vuelo y surca cumbres inéditas para los que no quieren comprometerse personalmente en el avance de las ciencias. «Escuchémosle» en las reflexiones finales de su ensayo sobre la «objetividad» cognoscitiva. «La “objetividad” del conocimiento de las ciencias sociales depende más bien de esto: que lo empíricamente dado se oriente de continuo con relación a aquellas ideas de valor, las únicas que le prestan valor cognoscitivo» (103). Datos empíricos e ideas de valor que se interpelan mutuamente en un diálogo dirigido, ordenado y gobernado por el investigador social. Tomando como base esa realidad dual –hechos e ideas–, y pertrechado de las más nobles intenciones, Weber menciona la fe, palabra maldita para los positivistas y fríos racionalistas, sin ningún rubor. «Y la fe, presente en alguna forma en todos nosotros, en la validez supraempírica de ideas de valor últimas y supremas, de las que tomamos el sentido de nuestra existencia, no excluye, sino que incluye, la incesante mutabilidad de puntos de vista concretos desde los cuales la realidad empírica recibe un significado: la vida en su realidad irracional y en su contenido de significaciones posibles son inagotables» (104).

Desde las profundidades del espíritu, Weber finaliza sondeando y confrontando la esencia permanente e intemporal de los valores supremos que adornan y jalonan la vida del ser humano, frente al vaivén continuo y contingente de la realidad en su capa más epidérmica. «La luz que brota de aquellas ideas de valor supremas cae sobre una parte finita, siempre cambiante, de la inmensa corriente caótica de los acontecimientos que fluye a lo largo del tiempo» (105). Como «lema» divulgador de su mensaje científico para la comunidad de investigadores sociales, hace suya la expresión de F.T. Vischer, «buscadores de materiales» y «buscadores de sentido», distinción sabia que resume con maestra brevedad el paradigma de fondo de su investigación.

Revisión y actualización

Después de este recorrido por tres de los más influyentes pensadores que ha dado la sociología, primero conviene actualizar sus enseñanzas para, posteriormente, sacar lecciones de índole más personal. Talcott Parsons, destacado discípulo norteamericano de Weber, se mantiene vigilante ante el riesgo de distorsión ideológica que corre el investigador social cuando confunde sus deseos o motivaciones con la realidad, auténtico test del científico. «Finalmente, la referencia fuertemente evaluativa de las ideologías tiende a conectarse con el elemento de “deseo” o romántico-utópico de motivación que se halla presente en todo sistema social. Puede deducirse que, generalmente, se dará una tendencia a la distorsión ideológica de la realidad, en el sentido de dar supremacía al elemento de lo deseable» (106).

Continuando con la tarea de puesta al día, Scott Gordon, en su magnífico y reciente volumen sobre «Historia y filosofía de las ciencias sociales», se hace eco al final de su trabajo de un ataque al método científico de indudable gravedad y hondura. La crítica referida es liderada por el filósofo Russell Hanson y va dirigida contra la supuesta asepsia de la observación (recuerde el lector la tesis de Comte). Pues bien, para Hanson, la observación y recogida de datos, el llamado trabajo de campo, debería ser cuestionado, porque está inevitablemente controlado por la formulación de teorías previas. El desarrollo posterior de esta idea central se descompone en la proposición de cinco tesis distintas, que no contradictorias. Las observaciones están cargadas, en primer lugar, de conceptos ordenadores y controladores de la mirada del científico. Ese cúmulo de conceptos y teorías acabarían conformando una pantalla mental que desvirtúa y ensombrece la claridad de la observación. José Antonio Marina, en su original «Teoría de la inteligencia creadora», expresa parecido temor. «Ni siquiera la observación científica, que aspira a la máxima objetividad, es contemplación inocente» (107). Improviso aquí una primera réplica a Hanson. Siendo muy real y común el riesgo de que el examen del investigador adolezca de una parcialidad tan desmedida que le nuble la vista, también es cierto que está a su alcance la capacidad de mirar de una forma más penetrante, limpia e incisiva.

Segunda precisión de Hanson. Las observaciones están cargadas de hipótesis que es necesario verificar y validar empíricamente, existiendo la amenaza de que se eludan observaciones contradictorias. Sobre este hacer, una llamada a la honestidad intelectual del investigador, que le obliga y exige bregar con las posibles contradicciones del modelo. Tercero, las observaciones están cargadas de valores, sean éstos estéticos, morales, religiosos, políticos o ideológicos. Breve respuesta. Que los valores, sean del signo que sean, pueden contaminar el proceso empírico, y que de hecho lo hacen a veces, es una posibilidad cierta. Sobre ella encendió la luz de alarma Max Weber. Pero hay que hacer hincapié, no es un problema insuperable, no está inevitablemente embebido en los métodos de investigación social. Cuarto, las observaciones están cargadas de intereses personales de los propios científicos por razón de su clase social, nacionalidad, etc. Reiterar una vez más. El peligro existe, pero cabe eludirlo si uno se enamora de los dos grandes vectores del trabajo científico: la búsqueda de la verdad y el ejercicio de la libertad. Quinto, las observaciones están cargadas de ontologías de culturas específicas. El ser humano es producto de un proceso fortísimo de “enculturación”. Son las distintas culturas las que determinan la concepción básica de la naturaleza del mundo, influyendo decisivamente en las observaciones empíricas de los científicos. Sin minimizar el efecto enculturación, al que volveré para hablar de Durkheim y su metodología holista, el hombre puede ir más allá de su cultura trascendiéndola; encontrar ejemplos prácticos no sería el problema.

De la mano de Parsons y Gordon, un rápido vistazo a algunos enfoques metodológicos de este siglo confirma que la investigación seria, honrada, objetiva, libre, en

las ciencias sociales, no es una cuestión baladí. Si al principio partíamos con Beltrán del riesgo que representaban los devotos absolutos de la infalibilidad de un método científico, hemos acabado en la incredulidad excesiva de Hanson, que acaba dudando de todo.

En esta fase de mi trabajo, y por pura coherencia personal, me siento obligado a personalizar el análisis hasta ahora propuesto. Seguirán abundando las citas de autores que me prestan su talento literario y autoridad moral para reforzar y prestigiar la transmisión sencilla de ideas y convicciones íntimas en un debate abierto y permanente. Son la entrañable compañía de que uno se sirve para escribir. Y como todo en la vida, compañía de la que habré de prescindir en diversos momentos para encontrar en mi soledad la causa última de mis palabras y escritos. Este investigador social, sin necesidad de renunciar a ninguno de los valores o convicciones personales a los que finalmente ha arribado en su periplo profesional, intenta mantener bien frescos algunos de los consejos prácticos de Durkheim; especialmente se deja acompañar y guiar por una de sus reglas, por la duda sincera, curiosa e inquisidora que le hace un quiebro al dogma separador y a la cerrazón intelectual. Como dice Rabindranath Tagore, «quien le cierra la puerta al error, deja afuera la verdad» (108).

En este sentido, un eminente profesor, Juan J. Linz, decano de los sociólogos españoles, es quien mejor sintetiza la posición individual del autor ante la sociología como ciencia. «La sociología aspira a ser y es ciencia al descubrir regularidades en los fenómenos y al explicarlos, y está sometida a los cánones de objetividad, de verificación y de réplica independiente de la ciencia. Pero la sociología es más, es también una disciplina humanística en la que entran en juego los valores, las convicciones y las preocupaciones que tenemos como miembros de la sociedad, tanto en la elección de los problemas que creemos dignos de estudio como en los fines para los que queremos saber. Lo cual no es incompatible con la objetividad, la validez de los datos que recojamos y de nuestras observaciones, la verdad o la falsedad de las mismas y de las conclusiones a que lleguemos al relacionarlas...» (109).

Recordando al maestro Weber, la condición de la sociología como disciplina humanística que tolera la «injerencia» de los valores subjetivos personales, exige el acatamiento de una regla adicional que sumar a las antes referidas y enunciadas por Durkheim. El enunciado de esta cuarta regla podría rezar así: si en la conducción de sus investigaciones sociales los sociólogos trabajan imbuidos de su preferencia por la superioridad moral de ciertos valores humanos, háganse éstos explícitos al comenzar su labor científica. «Se puede, también, invitar a los sociólogos a que en estudios delicados (política, religión, moral) expliciten sus propios valores y los incorporen conscientemente al marco de referencia de su investigación, como hizo Myrdal en su investigación sobre el racismo en Estados Unidos (el dilema americano)» (110).

Duverger, prudente y perspicaz observador de la realidad (111), aconseja seguir el mismo proceder que el profesor González-Anleo con distintas palabras: «No cabe la menor duda de que la actitud más leal consiste en, por una parte, esforzarse por conseguir la máxima separación entre los análisis científicos y las posiciones normativas; por otra, explicar lealmente cuáles son estas últimas, en cierto modo “anunciar los colores”, a fin de que los terceros puedan tener en cuenta el inevitable “coeficiente de deformación personal” que afecta a todos los sociólogos» (112).

En ese afán, y consciente de su «coeficiente de deformación personal», este investigador, inmerso en la problemática actual de la sociología industrial, no es indiferente ante el modo en que muchas personas realizan su trabajo en la empresa de hoy. Salvando las excepciones que cada uno conozca, la escasa capacidad personal de maniobra, las contadas posibilidades que tienen para expresar su inteligencia en un clima de libertad e intercambio de ideas, la delegación de tareas y funciones más aparente que real, ya que no va acompañada

de una cesión de poder que permita delimitar y exigir responsabilidades, la desigual e infundada percepción de emolumentos económicos, son, entre otros, elementos de inquietud y preocupación para cualquier espectador que se acerque al funcionamiento diario de nuestras organizaciones. En última instancia, este investigador valora y, por tanto, ansía y «oatea» en su horizonte científico una economía personalista como la propugnada y valientemente defendida por el insigne filósofo francés Maritain, centrada en torno a la persona, unidad básica del desarrollo empresarial. La nueva empresa que el próximo milenio necesita debe descansar y reposar sus raíces en valores universales y eternos como la libertad, la honradez, la solidaridad, la veracidad, la calidad, la actitud de servicio, la propiedad privada generosamente extendida, la integridad, etc.

Guiado por estos valores, en mi opinión el mayor reto que entraña cualquier trabajo sobre sociología industrial es presentar y proponer nuevas formas de gobierno de las organizaciones empresariales, que hagan posible la consecución de los objetivos generales que les animan, sin quebrantar y maltratar en ese proceso la libertad y dignidad individual de cada uno de sus miembros. Contrario a lo que decía Durkheim, y a fuer de ser tildado de sociólogo poco objetivo, la sociología no puede permanecer impassible ante la mayor o menor vigencia real de los referidos valores. Por tanto, a diferencia de Dahrendorf, que niega la congruencia de una indicación preliminar del sociólogo sobre los objetivos a alcanzar, aunque acepta una manifestación personal en favor de ciertos medios o instrumentos (113), este ensayo se decanta por el consejo de Rogers (114).

En suma, el documento apunta en la dirección que Maslow, después de denunciar un déficit investigador —«competition is studied more than cooperation»—, sugiere y reclama en «Motivation and Personality»: ¿dónde están los investigadores sobre la fuerza de carácter, la amistad, la sinceridad, la credibilidad, la responsabilidad, la lealtad, la paciencia, el realismo, la transcendencia, etc.? (115).

A pesar de lo dicho anteriormente en favor de una sociología de trabajo valorativa y subjetiva, y reteniendo frescas las advertencias de Durkheim y, sobre todo, de Weber, uno no puede olvidar, por estar inmerso y comprometido en el desarrollo de la ciencia, las pautas y rigores procedimentales de que se acompañan las tareas docentes de investigación. La inclusión de lo no mensurable en un trabajo científico no puede ser la puerta por la que se cuele el subjetivismo y la parcialidad. Los avisos recientes de Boudon, apoyándose en Chinoy, son, por ello, bien recibidos. «La teoría de Chinoy comporta una lección fundamental: demuestra el riesgo en que incurre el sociólogo cuando cree que el arte de la interpretación le dispensa de observar las reglas del método científico. En este caso, está casi seguro de describir (eventualmente sin saberlo) sus propias creencias y pasiones, so color de analizar una realidad social que de hecho se le escapa» (116).

El test obligado de cualquier estudio social que se precie es la realidad, que por definición es dinámica plural, fluida, incierta. Si se quiere mejorar esa realidad, el primer paso consiste en describirla y entenderla como es. Una descripción y aprehensión certeras exige ser consciente del riesgo que se corre cuando modelos conceptuales encerrados en sus frías y rígidas construcciones teóricas acaban distorsionando y manipulando esa misma realidad que pretendían explicar. El mundo académico está repleto de intelectuales «asocráticos» que conocen todas las respuestas, para los cuales de lo que se trata sencillamente es de formular las preguntas que den paso a sus teorías. Este investigador percibe este riesgo en cualquier obra humana, por lo que es un acicate el parecer de Enrique Ballesteros: «A nuestro juicio, el camino ortodoxo, tanto para el científico como para el político responsable, es describir la economía social con objetividad, sin ponerse unas gafas de color de rosa» (117).

También José Antonio Marina, con su característica agudeza e ingenio, comparte sus desvelos y preocupaciones investigadoras, valiéndose de la metáfora aérea para indicar el itinerario a seguir por el científico. «Esta es la trayectoria del vuelo de la ciencia. Despega de la percepción, sube a las nubes del concepto y, o bien vuelve a la tierra de la que partió, para comprobar en ella sus ideas, o se queda para siempre en las nubes» (118). Observación precisa, elaboración de la teoría, validación empírica de la misma, redefinición y actualización del soporte conceptual, nueva puesta en práctica... y vuelta a empezar. Este es el agotador, constante, pero apasionante ir y venir de la ciencia aplicada. ¿Quién no conoce a intelectuales perezosos, cansados o dogmáticos, que buscando atajos se han perdido en su particular nube? ¿Qué imagen presenta el investigador que, por estar casado con sus modelos o sistemas, vive irremediabilmente divorciado de la realidad que se precia de conocer?

Rechazo, por tanto, a unas gafas sucias y deformes que violentan la esencia de las labores de investigación académica. La elaboración de teorías abstractas y la descripción empírica son ambas parte esencial del trabajo artesanal del científico. Cuando las teorías son sólo obra de la imaginación o interés personal del investigador, sin conexión alguna con el mundo real, son ilusiones vanas y alienantes. Como nos recuerda George C. Homan en su famosa obra «El grupo humano», «la generalización debe ser fiel a los acontecimientos» (119). Especialmente expresivas son las palabras que Baslow dedica al tremendo compromiso intelectual y social de que Mounier hizo gala durante toda su vida. «Cada acontecimiento, en singular, por insignificante que parezca, inicia un proceso de aprendizaje en el discípulo ávido por instruirse.» Mounier hace del acontecimiento su maestro interior «y su obra nace en “situación”: de ninguna forma es filosofía de lo intemporal, sino filosofía del instante dramático que se nos da “para lo mejor y para lo peor”» (120). En el polo opuesto, la descripción sin teoría huele a enciclopedismo esnob, carece de contenido y sentido. Siempre habrá necesidad de una buena teoría que recoja, entienda, explique e interprete los datos que arroja incesantemente la realidad.

Bienvenida calurosa, en cambio, a una orientación personal de la sociología que subraye la responsabilidad individual e intransferible del hombre en el entramado social. «La sociología es, fundamentalmente lo mismo que la historia, una ciencia de lo singular y, más explícitamente, una disciplina cuya vocación latente es hallar estructuras generales partiendo del análisis de fenómenos singulares» (121). Esta vendría a ser la tendencia mostrada por una gran parte de la sociología francesa en su apuesta por la microsociología, que a diferencia de la macrosociología, que se concentraría en el estudio de los grandes conjuntos sociales –civilizaciones, culturas, países, clases sociales, etc.–, se ocuparía de las relaciones interpersonales y de las organizaciones en que éstas tienen lugar.

Según este modo de hacer sociología, en el análisis de la acción humana el énfasis se pondría en la dimensión interior y psicológica de la persona, centro básico y modular del comportamiento social. «En resumen, el objeto de la sociología es muy amplio, abarca todos los aspectos del comportamiento social del individuo, y tiene a la vez una dimensión psicológica (significación subjetiva) y otra dimensión interpersonal (orientación a los demás)» (122). A este planteamiento de la sociología se suma el profesor Carreño, que entiende ésta como la ciencia que estudia y explica de modo consciente e inteligente la relación entre el ser y su medio. «La vida es la acción recíproca entre el ser y su medio. Lo social, es precisamente esa relación» (123).

El objetivo personal de este ensayo es sugerir, solicitar una mirada científica de la sociología, que no avalorativa, desde la singularidad de la persona humana, singularidad que se resiste y rebela a una estandarización tan propia de esta época. Partiendo de esa atalaya tan emocionante y grande –la persona–, se intentaría llegar al grupo y a la organización, y de ahí

a la comunidad en su totalidad. «Pertenece a la persona, y no a la sociedad humana, el construir su destino» (124). Pero no cabe incurrir en precipitaciones. La prisa, siempre mala consejera, mata muchas cosas queridas para las relaciones humanas y también para las tareas académicas.

5.- Holismo-individualismo metodológico

Volvamos a pasar otra cinta antigua pero siempre actual, y escuchemos qué nos dicen al respecto de una sociología personalista los tres clásicos anteriormente comentados –Comte, Durkheim y Weber–, esta vez con el refuerzo estimulante de un Herbert Spencer siempre «provocador» y original. En su desenlace, abordaré sin más demoras el cierre de este trabajo.

En relación al dilema holismo-individualismo metodológico de las ciencias sociales, Scott Gordon se hace una reflexión interesante acerca de las preferencias manifestadas por la economía y la sociología. «Tanto la economía como la sociología modernas son fuertemente empíricas y destacan el uso de métodos cuantitativos refinados, pero los economistas consideran que la sociología es demasiado descriptiva, que bordea el empirismo grosero, mientras que los sociólogos consideran que la economía es demasiado descaradamente teórica y bordea la metafísica» (125).

Los ataques mutuos que unos y otros se dirigen, seguramente tengan parte de razón. En lo que a mí toca, sinceramente sí pienso que una cierta sociología se limita a la mera y cómoda descripción empírica. La autocrítica de los economistas sobre su tendencia especulativa dejo que la practiquen ellos mismos. Gordon piensa que estos matices tan distintos pueden deberse a los orígenes positivistas de la sociología y a la íntima conexión de la economía con el utilitarismo. En todo caso, afirma el catedrático de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Indiana, Canadá, «la economía sigue siendo muy rigurosamente reduccionista y adopta el individualismo metodológico como un principio fundamental de la ciencia, mientras que la sociología es más holista e insiste en las propiedades emergentes de las asociaciones sociales» (126).

El fuerte cariz holista que la sociología adopta en sus comienzos se debe en gran parte a la indudable ascendencia que las obras de Comte y Durkheim ejercieron sobre un buen número de sociólogos, todos ellos cortados bajo el férreo patrón positivista y socializante de aquellos años. Empezando por Comte, para él la sociología es la ciencia que estudia el conjunto del entramado social que no puede verse reducido a sus miembros individuales. En realidad, las personas, al estar moldeadas por la cultura y entorno político y económico en que viven, no son entidades independientes. Tratarlas como tales, en opinión de Comte, equivaldría a volver al segundo estadio metafísico repleto de abstracciones y generalidades.

Teniéndolo a mano, me sirvo nuevamente de la fuerza y autoridad del original; en concreto, acudo al capítulo III del discurso sobre el espíritu positivo dedicado a cómo se desarrolla el sentimiento social. En una de sus primeras frases, el fundador del positivismo vuelve a hablar sin remilgos del sentimiento del deber que asocia indefectiblemente al espíritu colectivo. «Es menester, sin embargo, señalar en ella la continua tendencia que resulta directamente de su constitución propia (la de la filosofía positiva se entiende), sea científica o lógica, para estimular y consolidar el sentimiento del deber, desarrollando siempre el espíritu de colectividad que se encuentra naturalmente ligado con él» (127).

Con Comte, el punto de vista social es el referente obligado de cualquier desarrollo científico. Apreciará el lector cómo el tono del genio positivista va «in crescendo», salpicando su exposición de constantes exhortaciones moralistas. «Una apreciación más íntima y extensa, a la vez práctica y teórica, representa al espíritu positivo como el único susceptible, por su naturaleza, de desarrollar directamente el sentimiento social, primera base necesaria de toda moral sana» (128).

A partir de esa primera toma de posición, continúa explicando su total rechazo al individualismo metodológico que relaciona con los dos estados anteriores –religioso y metafísico– que quisiera ver desterrados. Como crítica al estado metafísico, lo cataloga como un régimen mental incapaz de estimular el sentimiento social, por la tendencia esencialmente personal de tal filosofía. Ese toque personal «nunca ha podido concluir, en moral, en ninguna otra teoría efectiva que el desastroso sistema del egoísmo» (129). A continuación, Comte desglosa el espíritu fundamental de la filosofía metafísica. «Para cada uno de sus adeptos, el pensamiento dominante es constantemente el del yo; todas las demás existencias, sean cualesquiera, incluso humanas, se envuelven confusamente en una sola concepción negativa, y su vago conjunto constituye el no-yo; la noción del nosotros no podría encontrar aquí ningún lugar directo y distinto» (130).

Cómo llega Comte a la primera persona del plural, al nosotros solidario, cooperador, acogedor, no lo explica. Se instala cómodamente en la utopía social colectiva, sin dedicarle un segundo de su tiempo a un yo singularizado, que uno sospecha que le produce pavor en sus profundidades. Rastreando como un sabueso la pista de una impronta individual que quisiera ver erradicada del campo de las ciencias sociales, su olfato no le falla y da con ella pronto. «La metafísica deriva, tanto dogmática como históricamente, de la teología misma, de quien nunca podrá constituir más que una modificación disolvente» (131). De este modo, los dos estados primitivos quedan refundidos en lo esencial en uno.

Yendo a la base del estado primario teológico, Comte dice algo que resuena razonable incluso en oídos prestos al escándalo. «Sea lo que quiera de esta conjetura, sigue siendo indiscutible que el pensamiento teológico es, por su naturaleza, esencialmente individual y nunca directamente colectivo» (132). El uso del vocablo «nunca» podría dar lugar a un debate interesante entre mentes preclaras y doctas en la materia, pero sinceramente, la frase no me merece más atención. Esta que viene, por su flagrante atrevimiento, tal vez sí. «A los ojos de la fe, sobre todo monoteísta, la vida social no existe, por falta de un fin que le sea propio; la sociedad humana no puede entonces ofrecer inmediatamente más que una mera aglomeración de individuos, cuya reunión es siempre tan fortuita como pasajera, y que, ocupados cada uno en su salvación, no conciben la participación en la del prójimo sino como un poderoso medio de merecer mejor la suya, obedeciendo a las prescripciones supremas que han impuesto esa obligación» (133).

¡Aja! Aquí Comte deja la máscara fría y objetiva de la nueva ciencia por él fundada, salvadora de la perdida humanidad, y deja correr su subconsciente donde viven los fantasmas religiosos de su infancia. La descalificación que la frase encierra de gente creyente comprometida socialmente con la suerte de su mundo, es injusta por generalizadora; Comte, que se decía poseedor de un método objetivo, positivo (en el sentido liberal de la palabra) y preciso, cae en la trampa de la manera más torpe. Si ésta es la virilidad mental del positivismo, que se cumpla, por favor, la petición de Miguel de Unamuno: «Agranda la puerta Padre, porque no puedo pasar, la hiciste para los niños, yo he crecido a mi pesar» (134). Tal vez debería pedir disculpas a los positivistas modernos ofendidos por la inclusión de una petición infantil y trascendente de uno de nuestros mejores intelectuales en un trabajo que aspira a ser serio.

Dejo la ironía y continuo con Comte. Desestimado el individualismo, lo único que queda es el carácter social del estado superior y definitivo. «El espíritu positivo, por el contrario, es directamente social, en cuanto es posible, y sin ningún esfuerzo, como consecuencia de su misma realidad característica» (135). «Sin ningún esfuerzo», así de sencillo y barato. Otra vez va de menos a más. La frase siguiente no tiene desperdicio. «Para él», para el espíritu positivo, «el hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad, desde cualquier punto de vista que se mire» (136). Amén, Comte «dixit». El hombre propiamente dicho, usted y yo, querido lector, no existimos como tales, simplemente como partes alicuotas de una fórmula algebraica social cuyo matemático mayor nos promete la felicidad eterna.

Hablando de eternidades, acabo con una última pieza de museo. A Comte, displicente ante lo eterno y lo interno, curiosamente le preocupa dejar su marca indeleble en la historia. «En esta vasta expansión social encontrará cada uno la satisfacción normal de aquella tendencia a eternizarse, que no podía primero satisfacerse sino con la ayuda de ilusiones ya incompatibles con nuestra evolución mental» (137). Coherentemente, Comte concluye su libro colocando a la sociología en las más altas cotas de la ciencia. «Así se llega gradualmente a descubrir la invariable jerarquía, a la vez histórica y dogmática, de igual modo científica y lógica, de las seis ciencias fundamentales: la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, la primera de las cuales constituye necesariamente el punto de partida exclusivo, y la última, el único fin esencial de toda la filosofía positiva» (138).

Después de leer a un Comte rabiosamente holista y colectivo, resulta difícil escapar a la tentación de trazar una comparación con la visión holista de Marx y de Engels. Scott Gordon echa una mano inestimable en esa curiosidad intelectual. En breves palabras, la tesis marxista desarrolla la idea central de que la conciencia humana es producto o resultado de determinados factores sociales, siendo éstos a su vez un fiel reflejo de factores estructurales económicos. Veamos el texto seleccionado por Scott Gordon y advirtamos hasta qué punto ésa es la dirección apuntada. Se trata, en concreto, del prefacio de Marx a su «Crítica de la economía política»: «El modo de producción en la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, sino que es, por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia» (139). Extraordinariamente gráfica la sentencia marxista, aclara muchos acontecimientos posteriores a la época en que está escrita.

Friedrich Engels, compañero de fatigas y banquero personal de Marx gracias al negocio familiar de Manchester, sostiene los mismos postulados en un escrito que lleva por nombre «La revolución científica del señor Eugen Dühring»: «Según la concepción materialista de la historia, las causas últimas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas han de buscarse no en las mentes de los hombres, en su búsqueda progresiva de la justicia y la verdad eterna, sino en cambios en la forma de producción y de intercambio; han de buscarse no en la filosofía, sino en la economía de la época correspondiente» (140). Otro fragmento precioso de la producción literaria marxista. Ambos textos ilustran dramáticamente, a mi modo de ver, hasta qué medida tanto Marx como Engels ignoran la realidad individual de cada ser humano, construyendo su discurso social sobre bases puramente socioeconómicas. Los resortes últimos del individuo para elegir su destino permanecen inexplicados. La libertad última interior de la persona para elegir su respuesta frente a las circunstancias del entorno, pudiendo incluso modificarlas, es una potencia humana que les aparece ajena y utópica.

De aquí procede, en parte al menos, pienso, el fatal pesimismo marxista sobre el hombre. Ignorando su ser más profundo, levantan un edificio social que se les acaba cayendo

con los primeros vientos por la ignorancia supina de la materia prima de que está hecho. Pero dejemos a «Don Carlos y a Don Federico», era una sencilla disgresión personal alimentada por el talento creativo de Gordon. Retorno a nuestros antepasados sociológicos; le toca el turno a Durkheim y a su método holista de investigación.

Durkheim, desde un primer momento y sin dejar margen alguno para conjeturas, sitúa primero la sociedad y luego al individuo. «La vida está en el todo, no en las partes» (141). Durkheim destaca sobremanera como defensor a ultranza de una visión holística de la sociología. Como el repaso de algunas de sus ideas nos permitirá verificar, el gran sociólogo francés insistió machaconamente en que la explicación de los diferentes eventos sociales que se suceden no debe basarse en la psicología, ciencia a la que mirará siempre con desconfianza y de soslayo, sino en la sociología, cuya primera y única vocación es precisamente ésta.

Habiendo sobredimensionado el fenómeno de la enculturación, lo lleva hasta límites extremos. Durkheim comienza reivindicando la realidad propia y diferenciada del grupo. «La mentalidad de los grupos no es la de los particulares, sino que tiene sus leyes propias. Ambas ciencias son, pues, tan netamente distintas como pueden serlo dos ciencias, sean cuales fueren, de otra parte, las relaciones que pueden sostener entre sí» (142). Obvio decir que de las dos ciencias que está hablando son la sociología y la psicología.

A raíz de esta primera consideración, Durkheim concentra gran parte de sus esfuerzos en conseguir un estatus de independencia y prestigio científicos para todo lo social. «Si afirmamos que la vida social es natural, no queremos decir que su origen se encuentre en la naturaleza del individuo, sino que nosotros afirmamos que deriva directamente del ser colectivo, que es por sí mismo una naturaleza “sui generis”, y resulta de aquella elaboración especial a que están sometidas las conciencias particulares, por el hecho de su asociación y de la cual se desprende una nueva forma de existencia» (143). Obsérvese esta otra cita complementaria, a la vez que alternativa, de la frase anterior (144).

Retomando la referencia social más cercana y manejable del grupo, su esencia y realidad son absolutamente distintas de la de sus miembros. Para Durkheim, intentar acercarse a la realidad del grupo desde la condición individual de cada uno de sus componentes es un intento estéril de observación y estudio. «El grupo piensa, siente, obra en forma distinta de lo que harían sus miembros si se encontraran aislados. Si se parte, pues, de estos últimos, no se podrá comprender nada de lo que pasa en el grupo» (145).

Desde su macro atalaya social y cultural, Durkheim, obsesionado con las fronteras científicas que separan a la sociología y a la psicología, intentará poner kilómetros de distancia con respecto a la segunda. Los hechos sociales, objeto de estudio de la sociedad, son, por su propia idiosincracia, exteriores a las conciencias individuales consideradas como tales, circunstancia que explica sobradamente la separación tajante a establecer entre la psicología, ciencia del individuo mental como Durkheim la llama, y la sociología. Los instrumentos de trabajo de la sociología son distintos, así como también sus proposiciones, que no podrá tomar prestadas de la psicología. «Una explicación puramente psicológica de los hechos sociales no puede menos que dejar escapar todo aquello que tienen de específico, es decir, de social» (146). Es más, concluye tajantemente Durkheim: «Siempre que se explique directamente un fenómeno social por un fenómeno psíquico, puede tenerse la seguridad de que la explicación es falsa» (147).

Entre otras ventajas que la sociología tiene sobre la psicología, ciencia inferior de la que se puede instruir con su ejemplo, una es la facilidad de obtención de los hechos sociales. «En este punto de vista, la sociología tiene sobre la psicología una gran ventaja todavía no apreciada, y

que apresurará su desarrollo. Los hechos son, quizá, de una interpretación más difícil, pues son más complejos, pero son más fáciles de obtener» (148). La psicología, por el contrario, tiene dificultades no sólo para interpretar los hechos, sino también para hacerse con ellos.

Al final del tremendo pulso que un Durkheim extraordinariamente sensibilizado y beligerante en su opción holística de la sociología echa con la psicología, el sociólogo, victorioso y exultante, enuncia la regla metodológica que viene a disipar cualquier posible interpretación errónea: «La causa determinante de un hecho social debe buscarse entre los hechos sociales antecedentes y no entre estados de la conciencia individual» (149). Como extensión natural o consecuencia lógica de este dogma holista, Durkheim aconseja severamente a los sociólogos más serios y objetivos que dejen de flirtear con la psicología. Esta sólo puede servir de ensayo general, de puesta a punto del tránsito de una cultura psicológica inferior a la cultura sociológica que subordina la anterior. «Es preciso que renuncie a convertir a la psicología en el centro de sus operaciones, en el punto de donde deben partir y adonde deben conducirle las incursiones que emprenda en el reino social, y que plante sus tiendas en el mismo corazón de los hechos sociales, para observarlos de frente y sin intermediarios, y no pida a la ciencia del individuo más que una preparación general y, en caso de necesidad, útiles sugerencias» (150).

A Durkheim, lo individual le causa cierto respeto, sino espanto. Lo ve como terreno pantanoso y excepcionalmente resbaladizo; por tanto, poco sólido para construir una ciencia social de talla incontestada. «Pero si se quiere seguir una vía metódica, es preciso establecer sobre tierra firme, y no sobre movediza arena, los primeros sillares de la ciencia» (151). En este punto, y por primera vez, Durkheim deja un pequeño resquicio para el estudio posterior del protagonista último de la acción social. «Es necesario abordar el reino social por aquellas partes más vulnerables a la investigación científica. Sólo más tarde podrá llevarse más lejos el estudio, y por un trabajo de aproximación progresiva, penetrar poco a poco en esta realidad fugaz que el espíritu humano no podrá quizá nunca llegar a conocer completamente» (152).

En relación con esa realidad fugaz que representa el espíritu humano, el ensayo de Durkheim titulado «El dualismo de la naturaleza humana y sus condiciones sociales», es sacado a la luz oportunísimamente por Scott Gordon. En el referido ensayo, Durkheim reflexiona pesarosamente sobre el doloroso carácter dual de la naturaleza humana. Por una parte, su condición social según la cual se acaba creando una realidad en torno a los hechos sociales dotada de una naturaleza «sui generis». Por otro lado, existe el estado de conciencia individual que tira del hombre en dirección opuesta. «Hay motivos (...) para que el hombre tenga la sensación de ser doble: en realidad lo es. Hay en él dos clases de estados de conciencia que difieren entre sí en su origen y en su naturaleza, y en los fines hacia los que apuntan. Una de esas clases es sólo expresión de nuestros organismos y de los objetos con los que están relacionados más directamente. Los estados de conciencia de esta clase, estrictamente individuales, sólo nos relacionan con nosotros mismos, y no podemos distanciarnos de ellos más de lo que podemos distanciarnos de nuestros propios cuerpos. Los estados de conciencia de la otra clase nos vienen, por el contrario, de la sociedad; transfieren la sociedad a nuestro interior y nos relacionan con algo que nos sobrepasa. Al ser colectivos, son impersonales; nos conducen hacia fines que compartimos con otros hombres; es a través de ellos, y sólo de ellos, como podemos comunicarnos con otros. Es, por tanto, muy cierto que estamos compuestos de dos partes, y somos como dos seres, que aunque que estén íntimamente asociados, están compuestos de elementos muy distintos y nos orientan en direcciones opuestas» (153).

Llama poderosamente la atención la relación aparentemente antitética que Durkheim plantea entre los estados de conciencia individuales y el bien común, ya que afirma que

ambos nos orientan en direcciones opuestas. La posibilidad de que ambos planos del ser humano –lo individual y lo social– miren en la misma dirección gracias a su ser más profundo y solidario, queda prácticamente descartada. La idea de la comunidad social impulsada por la parte sana que todo ser humano acumula en sus capas más profundas ocupa un lugar muy modesto en la investigación de Durkheim. Sobre el segundo estado de conciencia, el individual, Durkheim pasa como de puntillas. Sólo veremos breves y tímidas referencias a él, y siempre le otorgará a la ciencia dedicada a su análisis –la psicología– una categoría inferior. Su sociología está edificada sobre el estado colectivo de conciencia, y a la misma le concederá un lugar privilegiado en el panorama global de las ciencias naturales y sociales.

En esa línea, y visto el papel estelar que el proceso de enculturación juega en el desarrollo del hombre, moldeando su conciencia, referente último de todo decisor, cabe preguntarse qué espacio deja Durkheim, en su modelo de análisis social, a la libertad del hombre. La capacidad interior del ser humano de suscitar, controlar y dirigir sus propios estados de ánimo y reflexiones, y, por tanto, de accionar desde su conciencia, trascendiendo las características sociales y culturales de su entorno más inmediato, es prácticamente eliminada del enfoque macrosocial de Durkheim. ¡Qué distinto del toque personalista de Mounier, que no por ello deja de ser solidario! «La persona sola encuentra su vocación y hace su destino. Ninguna otra persona, ni el hombre ni la colectividad, pueden usurpar esta carga. Todos los conformismos privados o públicos, todas las opresiones espirituales, encuentran aquí su condenación» (154).

De este modo, y sin negar las grandes aportaciones de Durkheim al nacimiento y desenvolvimiento posterior de la moderna sociología, se nos aparece como un científico conformista a fuer de colectivista. Cuando llega al umbral de la mansión individual del hombre, con todas sus estancias y recovecos, se queda asombrado en el «hall» sin atreverse a indagar y curiosear por la casa. Discreto y educado visitante, pensarán muchos. Puede ser, pero es una discreción curiosa, ya que sin haber entrado en ninguna de las casas de la populosa comunidad de vecinos, se atreve a pontificar sobre los medios que tiene el barrio entero de lograr la ansiada felicidad social. Excesiva abstracción para un investigador que quería inicialmente hacer ciencia rigurosa y objetiva.

Después de haber viajado por los holismos de Comte y Durkheim, ahora me toca cambiar de circuito y observar el paisaje radicalmente distinto del individualismo metodológico de Weber y Spencer. La proposición metodológica central de Weber es que los acontecimientos sociales tienen su causa primera en las acciones u omisiones de personas individuales. Los estados mentales y afectivos de las personas, determinante último de su modo de actuar, ocurren en el interior de las mismas, en el plano individual de sus conciencias. Su antropología de base piensa el hombre como un agente activo y libre, con capacidad racional para decidir y obrar, sin menoscabo del impacto que operan en él factores sociales de su cultura.

Precisamente aquí reside gran parte del encanto y grandeza de la sociología weberiana. Al ser tan consciente del inmenso potencial decisor que el ser humano atesora en su interior, al haber barruntado al menos la decisiva importancia que tiene para el estudio de la realidad social la existencia de una conciencia libre, intocable para los agentes exteriores, Weber colige coherentemente que todas las ciencias sociales, incluida la sociología, esconden o llevan consigo una tendencia hacia lo individual. El ser humano, en singular, marca la dirección del trayecto.

De aquí se desprende que el científico social puede y debe acercarse a las acciones individuales de los miembros de la sociedad, para con su trabajo explicarlas en términos

familiares para todos. En resumen, la tesis metodológica de Weber es que, en materia de ciencias sociales, la explicación causal de los fenómenos que ocurren debe remitirse en última instancia a factores o elementos que actúan al nivel de la conciencia individual.

Scott Gordon, valioso apoyo del autor de este trabajo por el enorme material informativo que posee y por la perspicacia con que lo maneja, nos recuerda que «en una carta escrita poco antes de su muerte, Weber afirmaba que su principal objetivo como sociólogo había sido combatir el uso de conceptos holísticos en el análisis social» (155). Ciertamente, esa inquietud científica le acompañó a lo largo de su fecunda trayectoria profesional. En sociología, Weber es el gran individualista, sin adherir al término ninguna connotación peyorativa. Confirmemos este aserto en base a unos escogidos textos originales.

De partida, Weber asocia, a diferencia de los positivistas, lo real a lo individual. «El interés de las ciencias sociales, parte, sin duda alguna, de la configuración real y, por tanto, individual de la vida social que nos circunda» (156). De esa premisa inicial arranca un hilo investigador donde lo cualitativo ordena y guía el aparato cuantitativo del que se pueda disponer. «Mientras que en la astronomía los cuerpos celestes nos interesan sólo en sus relaciones cuantitativas, susceptibles de medición exacta, en las ciencias sociales nos concierne la tonalidad cualitativa de los procesos. A esto se agrega que en las ciencias sociales trátase de la acción conjunta de procesos espirituales, cuya “comprensión” por vía de revivencia es, naturalmente, una tarea de índole específicamente distinta de aquella que pueden o pretenden resolver las fórmulas de las ciencias naturales exactas en general» (157).

«Acción conjunta de procesos espirituales» es la expresión innegable utilizada por Weber. ¿Dónde se desarrollan esos procesos espirituales? Dondequiera que sea, para su mejor comprensión y entendimiento, debe acudir el científico social. En total oposición con Comte y Durkheim, que eligen campos de acción muy vastos y generales para la elaboración de sus leyes universales, Weber se inclina, llevado por su amor al trabajo artesanal de detalle, por realidades sociales más pequeñas y asequibles. «Para el conocimiento de los fenómenos históricos en su condición concreta, las leyes más generales son por lo común también las menos valiosas, en cuanto las más vacías de contenido. Mientras más amplio es el campo de validez de un concepto genérico –su extensión–, tanto más nos desvía de la riqueza de la realidad, ya que para contener lo común al mayor número posible de fenómenos, debe ser lo más abstracto posible y, en consecuencia, más pobre en contenido. En las ciencias de la cultura, el conocimiento de lo general nunca es valioso por sí mismo» (158).

Weber prefiere el análisis microsociedad cualitativo, que se apoya en los números para la construcción de sus modelos conceptuales, al estudio macrosociedad en gran parte fundamentado en la estadística y técnicas de investigación cuantitativas. ¿Por qué? Porque la estadística, convertida en reina soberana en lugar de fiel servidora, nos aleja de la mayor «riqueza de la realidad» que es la persona. Entre las personas de una colectividad y una persona en particular, hay todo un mundo. A ese plural globalizante, Weber le reservará unas dosis importantes de recelo porque cree que encubre muchas trampas y deformaciones.

En lógica congruencia con esta opción investigadora más «intimista» y personal, a nadie puede sorprender que Weber hable con la mayor naturalidad y desparpajo de las relaciones que la sociología debe entablar con la psicología. «Todavía hoy persiste el punto de vista de que la psicología tiene por misión desempeñar, con relación a cada una de las ciencias del espíritu, un papel comparable con el de las matemáticas, puesto que ha de descomponer los complicados fenómenos de la vida social en sus condiciones y efectos psíquicos, reduciéndolos a los factores psíquicos más sencillos que se pueda» (159).

La psicología estudiaría, y ésta sería su aportación al resto de las ciencias sociales, los fundamentos psíquicos de la vida social. Se trataría de descomponer las «ligazones causales» de los fenómenos sociales en factores simples y últimos. Esos factores «simples» y últimos son realidades individuales que es menester identificar y analizar. Cumplida esta fase, se puede ir a la investigación de las diferentes culturas que conforman el panorama social del hombre. Pero nunca antes, sino después de haber estudiado al hombre en su singularidad y misterio. «Todo conocimiento de la realidad cultural es siempre, como se infiere de lo anterior, un conocimiento que parte desde puntos de vista específicamente particulares» (160). Este orden le permitirá distinguir al investigador social lo importante de lo accesorio, le facilitará discernir lo esencial de lo accidental de la realidad social.

Este es Weber, un sociólogo lejano y alternativo a los métodos de investigación holísticos preconizados entusiásticamente por la pléyade de discípulos generalistas de Comte y Durkheim. Con el pensador alemán, la invitación de la sociología a dialogar no sólo con la psicología, sino con las demás ciencias del espíritu, está generosamente cursada. Si ésta fuera aceptada, del encuentro social interdisciplinar difícilmente algún invitado saldría perdiendo. Unos se curarían de un mal –una especie de escapismo o espiritualismo asustadizo– que les ha aquejado desde hace tiempo. Recuérdense las palabras de Bergson: «Lo espiritual ha de comprometerse en el mundo para ser fecundo» (161). Otros invitados, la familia de sesudos investigadores sociales acomplejados ante las ciencias naturales, podrían liberarse de su obsesión por los números –sin eliminarlos–, e intentar aprender a leer entre líneas las lecciones que éstos silencian. Aun a fuer de equivocarme, y conoedor de alguna generalización weberiana desmentida posteriormente por la cruda realidad, intuyo en Weber ese anfitrión cálido y servicial que sólo exige como tarjeta de visita a sus invitados honradez intelectual, apertura mental y pasión por contribuir al mayor acervo científico de la humanidad.

Ya en el último tramo de este documento, unas breves notas sobre Spencer, extraídas de algunos pasajes de la obra del sociólogo inglés recuperados por Gordon, y de su trabajo sobre educación titulado «Ensayos sobre pedagogía». Sin ningún género de dudas, Spencer sitúa en el individuo el centro de la acción social. En la persona singular e intransferible radica el núcleo gordiano de la cuestión social. En su obra «Principios de sociología» se aferró con firmeza a la idea de una naturaleza humana original que se erige en la estructura básica de la arquitectura social. «La sociedad la crean sus unidades, y (...) la naturaleza de su organización se halla determinada por la naturaleza de sus unidades. Ambas accionan y reaccionan; pero el factor original es el carácter de los individuos, y el factor derivado es el carácter de la sociedad» (162). Desde ese sólido y rocoso cimiento individual, Spencer proyecta con fuerza inusitada el rasgo diferencial de su obra científica, que no es más que una feroz oposición al papel excesivo del Estado en el desarrollo de los pueblos, una contumaz alergia individualista a todo lo que huelga a cirujano o curandero estatal. «Pero no sucede lo mismo en una sociedad, porque sus unidades vivientes no pierden y no pueden perder la conciencia individual, y porque la comunidad en su conjunto no tiene una conciencia cooperativa. Y esto es una razón perpetua de que no sea justo sacrificar el bien de los ciudadanos a cualquier supuesto beneficio del Estado; pero también, por otra parte, de que se mantenga el Estado únicamente por el bien de los ciudadanos. La vida cooperativa debe estar aquí al servicio de las vidas de las partes, en vez de estar las vidas de las partes al servicio de la vida cooperativa» (163).

¡Qué distinta manera de retumbar en nuestros tímpanos el discurso de Spencer, que restringe la noción de conciencia a la persona, que la teoría de Durkheim, que exalta el concepto de conciencia colectiva a un lugar preeminente de la realidad! Para Spencer, la única razón de ser del Estado es preservar y favorecer el bien de cada uno de sus ciudadanos. De modo que cuidado con sacrificar éste en aras de una entelequia, la vida cooperativa, que puede acabar resultando una suma despersonalizada y contraproducente.

En sus «Razones para disentir de la filosofía del señor Comte», Spencer polemiza con éste y cuestiona el ideal positivista de una sociedad en la que el Estado se «halla desarrollado en su máxima amplitud». El sueño de Spencer es bien diferente. En él, el Estado ocupa un lugar modesto, «se reducirá al máximo posible, y la libertad crecerá el máximo posible». «Será un estado en el que se impulsará la vida individual en la máxima amplitud que sea compatible con la vida social; y en el que la vida social no tendrá más fin que mantener la esfera más completa para la vida individual» (164).

El fuerte sello personal y liberal que impregna toda la investigación de Spencer afecta directamente su propuesta de reordenar el conjunto del saber humano, que evolucionaría alrededor de cuatro ciencias: biología, psicología, sociología y ética. «Las acciones de los individuos se fundan en las leyes de su naturaleza, no es posible comprenderlas sin el conocimiento de estas leyes. Reducidas a su expresión más sencilla, estas leyes son los corolarios forzosos de las que presiden la vida del cuerpo y del espíritu en general. Por tanto, la biología y la psicología son los intérpretes indispensables de la sociología» (165). En la necesidad de que la psicología, también la ética, colaboren con la sociología, Spencer coincide con Weber.

¿Cómo se procede en la investigación social? ¿Cuál es el orden natural de los factores a contemplar? En primer lugar, «de lo empírico a lo racional». «En la marcha del progreso humano, cada ciencia nace del arte que con ella se corresponde. De la necesidad en que estamos, como individuos y como raza, de llegar a lo abstracto por la observación de lo concreto, resulta que debe prepararse el camino a la ciencia mediante una experiencia repetida y un gran número de generalizaciones empíricas» (166). En segundo lugar, lo que es más importante para el tema que nos ocupa, «en materia de educación espontánea, procedemos de lo simple a lo compuesto» (167), siendo esa realidad «simple» todo menos eso, extraordinariamente compleja y misteriosa.

Por razones de espacio y del tema que se está tratando, no he entrado en algún exceso individualista, rayano en lo darwinista, de Spencer. Nos interesaba resaltar su individualismo metodológico, opción procedimental que con moderación y equilibrio es la seleccionada por el autor de estas páginas. Frente a las normas y leyes científicas de Durkheim, y el orden social universal que Comte nos promete y ordena, Spencer hace una provocadora apuesta por la autoeducación que seduce e interesa a todos aquellos que creen en el ser insondable del hombre. «Téngase presente que el fin de la educación es formar un ser apto para gobernarse a sí mismo, no un ser apto para ser gobernado por los demás» (168). La ausencia de una autoridad espiritual positivista que lo abarca y legisla todo, y la remisión al maestro interior que todo ser humano lleva en el alma, es el mejor legado de un sociólogo que convendría en este final de siglo rescatar y desempolvar.

A modo de colofón de este apartado, los dos individualistas que en este trabajo han sido enfrentados al holismo de Comte y Durkheim, Weber y Spencer, podrían haber tomado perfectamente como base de operaciones de sus métodos la tesis central del individualismo metodológico expuesta por John Stuart Mill en su sistema de lógica. «Las leyes de los fenómenos de la sociedad sólo son, y sólo pueden ser, las leyes de las acciones y pasiones de seres humanos integrados en el estado social. Pero los hombres siguen siendo hombres en un estado de sociedad; sus acciones y pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual. Cuando los hombres se unen no se convierten en otro género de sustancia, con propiedades distintas; igual que el hidrógeno y el oxígeno son diferentes del agua (...), los seres humanos en sociedad no tienen más propiedades que aquellas que se derivan de las leyes de la naturaleza del hombre individual, y que pueden resolverse en ellas» (169).

Si el destino final de las diferentes ciencias sociales desemboca en el análisis del comportamiento individual de cada hombre y mujer, intentando desentrañar las propiedades fundamentales del ser humano, una antropología con un fuerte sustrato humanista aflora entonces como ciencia capital hacia la que tienden todas las demás. De ahí la importancia que tiene que la sociología, ilusionada en la construcción de una comunidad social armónica y en paz, converse y debata con ella sobre un sinfín de temas y asuntos que les son afines.

6.- Conclusión

En el intento académico manifestado de investigar el tejido social en su conjunto partiendo de la realidad individual de cada persona, y como se ha tenido ocasión de indicar varias veces en este trabajo, resultaría «mucho más fácil la comprensión, y más real la actitud, si cada autor confesara previamente cuál es la plataforma ideológica a partir de la cual abordará el tema en cuestión» (170). La palabra ideología confunde y precipita a muchos a conclusiones infundadas, tal vez por la fuerte connotación política que arrastra. «Hay dos trampas frecuentes que ayudan a no entender. Una primera es la ideología que lleva a pensar en lo personal y lo social en términos de lucha y de dominio; el hincapié se pone entonces en defenderse y atacar a los otros, no en función de aportar y de hacer, surgiendo así una religión pesimista, en terminología del filósofo Karl Popper, que lleva a interpretar todo desde el enfado y las malas intenciones y que, en definitiva, esteriliza las capacidades» (171). En total sintonía con el profesor Lucas, no aspiro ni pretendo una investigación sociológica realizada desde instancias políticas concretas, desde totalismos más o menos restrictivistas (marxismo, socialismo, capitalismo...). Sí anhelo, por el contrario, una visión humanista e individualizada de la sociología industrial que suscriba la idea de Mounier de que «no son las instituciones las que hacen al hombre nuevo; es un trabajo personal del hombre sobre sí mismo en el que nadie puede reemplazar a nadie. Las instituciones nuevas pueden facilitar la tarea, pero no asumirán su esfuerzo» (172).

Por todas estas consideraciones, y como broche personal al hilo argumental mantenido, hago mía la posición particular de Paul Lambert ante cualquier proyecto de investigación. «No me limitaré a exponer; daré siempre mi opinión, porque pienso que es el mejor método para que el lector pueda elaborar fácilmente su propio juicio» (173). Lambert escribe en primera persona desde el principio al fin de la obra, precisamente a causa de esta responsabilidad personal. Siguiendo su ejemplo, en los temas de mayor interés e importancia, y para que nos conociéramos todos, sería conveniente que los investigadores sociales no pudiéramos objeción en usar la comprometida primera persona del singular.

Ya en el cierre definitivo de este ensayo, de Johannes Messner podría tomar prestada su actitud ante el tremendo y siempre nuevo reto de estudiar y escribir acerca de la realidad social: «sea el entendimiento el que tome la palabra, la obra está escrita con el corazón» (174), disposición íntima complementaria a la explicación del profesor Linz de lo que constituye la esencia y entidad de la sociología como ciencia social. «Es la combinación de la pasión por el conocimiento como fin en sí mismo de la ciencia, con la pasión personal por entender el mundo social en que vivimos, la sociedad que afecta a nuestra vida diaria y cuyo futuro nos inquieta o llena de esperanza, lo que hace el ser sociólogo difícil y al mismo tiempo apasionante. Justamente porque la sociología, a pesar del legado de sus grandes clásicos y la continua acumulación de conocimiento por miles de investigadores, es una ciencia relativamente nueva, es campo abierto para los que dediquen a él su trabajo, su preparación, inteligencia y, como toda actividad intelectual, entusiasmo» (175).

En definitiva, no se trata tanto de elegir «entre la razón sanchopancesca o la irracionalidad quijotesca», como sintetiza la creatividad de Marina –véase mayor desarrollo (176)–, sino de sumar las dos potencias –razón y corazón– de que está instituido el hombre. De conseguirlo, el investigador se vería envuelto en la búsqueda racional y apasionada de nuevas formas de convivencia social. El entusiasmo personal que comparto con el sufrido lector es que la mejor sociología contribuyera con su granito de arena a la ingente tarea de, en expresión del gran Maritain, «hay que despertar al pueblo... lo cual indica que está dormido. En general, prefiere dormir. Despertar es siempre amargo» (177). Obvio decir que para despertar a los demás, lo primero que es preciso, por elemental que pueda parecer, es estar uno mismo despierto. Si ese pueblo somnoliento y perezoso acabara despertándose y se movilizara activamente en pos de su futuro, gracias entre otras consideraciones a las investigaciones sociales en curso, habría sonado lo que Dahrendorf domina la hora de los ciudadanos. «La hora de los juristas y la de los políticos poco significa sin la hora de los ciudadanos» (178).

Finalmente, y con ese objetivo «in mente», quisiera concluir este trabajo memorizando el valiosísimo mensaje que las palabras del embajador británico Sir Nicholas Henderson guardan para la comunidad científica e intelectual. «Lo importante es aprender a no enseñar. Puede ser nuestro turno el aprender de otros, habiendo sido profesores tanto tiempo» (179).

-
- (1) Duverger, Maurice, «Métodos de las ciencias sociales», Ariel, Barcelona, 1975, pág. 18.
 - (2) Durkheim, Emile, «Reglas del método sociológico», Ed. Akal Universitaria, Madrid, 1987, pág. 30.
 - (3) Weber, Max, «Economía y Sociedad», México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. en castellano, 1964, pág. 5.
 - (4) «Llamamos comunidad a una relación social cuando, y en la medida en que la actitud en la acción social –en el caso particular, por término medio o en el puro– se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de constituir un todo.
»Llamamos sociedad a una relación social cuando, y en la medida en que la actitud en la acción social se inspira en una compensación de intereses por motivos racionales (de fines o de valores) o también en una unión de intereses con igual motivación.» Weber, Max, «Economía y sociedad», Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pág. 1.195.
 - (5) «Vamos a examinarlas sucesivamente, llamando ciencias sociales particulares a aquellas que estudian un determinado aspecto particular de los grupos sociales, y ciencias sociales globales a las que estudian el conjunto de los aspectos de uno o varios grupos.» Duverger, Maurice, obra cit., pág. 57.
 - (6) *Ibidem*, pág. 67.
 - (7) *Ibidem*, pág. 68.
 - (8) Beltrán, Miguel, «Cinco vías de acceso a la realidad social», Manuel García Ferrando y otros, «El análisis de la realidad social», Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 17.
 - (9) *Ibidem*, pág. 18.
 - (10) *Ibidem*, pág. 18.
 - (11) Beltrán, Miguel, «Cinco vías de acceso a la realidad social», Manuel García Ferrando y otros, «El análisis de la realidad social», Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 19.
 - (12) *Ibidem*, pág. 19.
 - (13) Braudel, Fernand, «La historia y las ciencias sociales», Alianza Editorial, Madrid, 1968, citado en Beltrán, Miguel, obra cit., pág. 19.
 - (14) Carr, E.H., «¿Qué es la historia?», Seix & Barral, Barcelona, 1978, pág. 88. Citado en Beltrán, Miguel, obra cit., pág. 20.
 - (15) Comte, Auguste, «Discurso sobre el espíritu positivo», Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 36.
 - (16) Beltrán, Miguel, «Cinco vías de acceso a la realidad social», Manuel García Ferrando y otros, *El Análisis de la Realidad Social*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 23.
 - (17) Comte, Auguste, obra cit., pág. 63.
 - (18) Durkheim, Emile, obra cit., pág. 133.
 - (19) *Ibidem*, pág. 143.
 - (20) Beltrán, Miguel, «Cinco vías de acceso a la realidad social», Manuel García Ferrando y otros, «El análisis de la realidad social», Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 31.

- (21) *Ibíd.*, pág. 33.
- (22) *Ibíd.*, pág. 33.
- (23) *Ibíd.*, pág. 40.
- (24) Gordon, Scott, «Historia y filosofía de las ciencias sociales», Ariel, Barcelona, 1995, pág. 330.
- (25) Beltrán, Miguel, «Cinco vías de acceso a la realidad social», Manuel García Ferrando y otros, «El análisis de la realidad social», Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 40.
- (26) *Ibíd.*, pág. 28.
- (27) *Ibíd.*, pág. 28.
- (28) *Ibíd.*, pág. 29.
- (29) *Ibíd.*, pág. 29.
- (30) Bell, Daniel, «El fin de las ideologías. Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta», Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, pág. 276.
- (31) Gordon, Scott, obra cit., pág. 526.
- (32) Simon, Herbert, «Administrative Behavior», The Free Press, Nueva York, 1976, pág. 249.
- (33) *Ibíd.*, pág. 253.
- (34) «I am convinced that the value-free, value neutral, value avoiding model of science that we inherited from physics, chemistry, and astronomy, where it was necessary and desirable to keep the data clear and also to keep the church out of scientific affairs, is quite unsuitable for the scientific study of life. Even more dramatically is this value-free philosophy of science unsuitable for human questions, where personal values, purposes and goals, intentions and plans are absolutely crucial for the understanding of any person, and even for the classical goals of science, prediction and control», Maslow, Abraham, «The Farther Reaches of Human Nature», Penguin Books, Nueva York, 1976, pág. 5.
- (35) Bellah, Robert, Richard Masen y otros, «Habits of the Heart», University of California Press, Berkeley, 1985, pág. 302.
- (36) Gómez Fernández, José Manuel, «Economía y valores humanos», Ediciones Encuentro, Madrid, 1992, pág. 192.
- (37) Carreño Gomáriz, Pablo, «Equipos», Ed. Ac, Madrid, 1991, pág. 70.
- (38) González-Anleo, Juan, «Para comprender la sociología», Ed. Verbo Divino, Pamplona, 1991, pág. 22.
- (39) «*Nosotros, criaturas conscientes, vivimos en parte en un mundo cuyos componentes podemos descubrir, clasificar e influenciar por medios racionales, científicos, deliberadamente planeados, pero en parte estamos sumidos y sumergidos en un medio que, en la medida exacta en la que lo damos por sentado como parte de nosotros mismos, no observamos ni podemos observar desde afuera; no podemos identificarlo, medirlo ni tratar de manipularlo, ni siquiera podemos ser totalmente conscientes del mismo, puesto que está demasiado íntimamente ligado a toda nuestra experiencia, demasiado entretretejido con todo lo que somos y hacemos para que podamos sacarlo de la corriente (pues es la corriente), y observarlo con distanciamiento científico, como un objeto.*» Isaiah Berlin, citado en González-Anleo, Juan, obra cit., pág. 23.
- (40) Duverger, Maurice, obra cit., págs. 48-49.
- (41) *Ibíd.*, pág. 49.
- (42) Gordon, Scott, obra cit., pág. 706.
- (43) Comte, Auguste, obra cit., pág. 21.
- (44) *Ibíd.*, pág. 49.
- (45) *Ibíd.*, pág. 54.
- (46) *Ibíd.*, págs. 22-23.
- (47) *Ibíd.*, pág. 24.
- (48) *Ibíd.*, pág. 24.
- (49) *Ibíd.*, pág. 27.
- (50) *Ibíd.*, pág. 28.
- (51) *Ibíd.*, pág. 28.
- (52) *Ibíd.*, pág. 31.
- (53) *Ibíd.*, pág. 31.
- (54) *Ibíd.*, pág. 31,
- (55) *Ibíd.*, pág. 80.
- (56) *Ibíd.*, pág. 33.
- (57) *Ibíd.*, pág. 78.
- (58) *Ibíd.*, pág. 78.
- (59) *Ibíd.*, pág. 75.
- (60) *Ibíd.*, pág. 76.
- (61) *Ibíd.*, pág. 88.
- (62) *Ibíd.*, pág. 90.
- (63) *Ibíd.*, págs. 114-115.
- (64) Durkheim, Emile, obra cit., pág. 44.

- (65) *Ibíd.*, pág. 36.
- (66) *Ibíd.*, pág. 37.
- (67) *Ibíd.*, pág. 37.
- (68) *Ibíd.*, pág. 39.
- (69) *Ibíd.*, pág. 45.
- (70) *Ibíd.*, pág. 45.
- (71) *Ibíd.*, pág. 45.
- (72) *Ibíd.*, pág. 48.
- (73) *Ibíd.*, pág. 49.
- (74) *Ibíd.*, pág. 50.
- (75) *Ibíd.*, pág. 53.
- (76) *Ibíd.*, pág. 55.
- (77) *Ibíd.*, pág. 58.
- (78) *Ibíd.*, pág. 58.
- (79) *Ibíd.*, pág. 61.
- (80) *Ibíd.*, pág. 67.
- (81) *Ibíd.*, pág. 67.
- (82) *Ibíd.*, pág. 68.
- (83) *Ibíd.*, pág. 145.
- (84) *Ibíd.*, pág. 147.
- (85) *Ibíd.*, pág. 148.
- (86) *Ibíd.*, pág. 132.
- (87) Gordon, Scott, obra cit., pág. 474.
- (88) Weber, Max, «Ensayos sobre metodología sociológica», Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993, pág. 40.
- (89) *Ibíd.*, pág. 41.
- (90) *Ibíd.*, págs. 41-42.
- (91) *Ibíd.*, pág. 43.
- (92) *Ibíd.*, pág. 43.
- (93) *Ibíd.*, pág. 43.
- (94) *Ibíd.*, pág. 44.
- (95) *Ibíd.*, pág. 44.
- (96) *Ibíd.*, pág. 47.
- (97) *Ibíd.*, pág. 69.
- (98) *Ibíd.*, pág. 48.
- (99) *Ibíd.*, pág. 48.
- (100) *Ibíd.*, pág. 49.
- (101) *Ibíd.*, pág. 227.
- (102) *Ibíd.*, pág. 227.
- (103) *Ibíd.*, pág. 100.
- (104) *Ibíd.*, pág. 100.
- (105) *Ibíd.*, pág. 100.
- (106) Parsons, Talcott, «El sistema social», Ediciones Revista de Occidente, Madrid, 1976.
- (107) Marina, José Antonio, «Teoría de la inteligencia creadora», Anagrama, Barcelona, 1995, pág. 38.
- (108) En Llano, Carlos, «El Postmodernismo en la empresa», McGraw-Hill Interamericana de México, México, 1994, pág. 169.
- (109) Linz, Juan J., «La sociología y la comunicación», Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1985, en González Anleo, Juan, obra cit., pág. 33.
- (110) González Anleo, Juan, obra cit., pág. 26.
- (111) «*Resulta notable comprobar cómo los sociólogos que han afirmado con más fuerza el carácter positivo de sus investigaciones, como Auguste Comte y Durkheim, en realidad a menudo mezclan sus análisis científicos y sus propios juicios de valor.*» *Ibíd.*, pág. 52.
- (112) *Ibíd.*, pág. 53.
- (113) «*Lo que el sociólogo no puede hacer es señalar objetivos a alcanzar, en su calidad de sociólogo, pero sí podría legítimamente indicar, con los instrumentos científicos que tiene a su disposición, los medios o caminos a seguir para la realización de los objetivos que le hayan sido propuestos.*» González Anleo, J., obra cit., págs. 25-26.
- (114) «*My point then is that any scientific endeavor, pure or applied, is carried on in the pursuit of a purpose or value which is subjectively chosen by person. It is important that this choice be made explicit, since the particular value which is being sought can never be tested or evaluated, confirmed or denied, by the scientific endeavor to which it gives birth and meaning.*» Rogers, Carl, «On Becoming a Person», Houghton Mifflin Company, Boston, 1961, págs. 393-394.
- (115) Maslow, Abraham, «Motivation and Personality», Harper & Row Publishers, Nueva York, págs. 289-292.

- (116) Boudon, Raymond, «La lógica de lo social. Introducción al análisis sociológico», Rialp, Madrid, 1981, pág. 241.
- (117) Ballesteros, Enrique, «Economía social y empresas cooperativas», Alianza Editorial, Madrid, 1990, pág. 12.
- (118) Marina, José Antonio, obra cit., pág. 41.
- (119) Homan, G.C., «El grupo humano», Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1977, pág. 55.
- (120) Baslow, «El socialismo de Mounier», Ed. Nova Terra, Barcelona, 1975, pág. 86.
- (121) Boudon, Raymond, obra cit., pág. 139.
- (122) *Ibídem*, pág. 30.
- (123) Carreño Gomáriz, obra cit., pág. 18.
- (124) Mounier, E., «El compromiso de la acción», Editorial ZYX, S.A., Madrid, 1967, pág. 45.
- (125) Gordon Scott, obra cit., 327.
- (126) *Ibídem*, pág. 327.
- (127) Comte, obra cit., pág. 91.
- (128) *Ibídem*, pág. 92.
- (129) *Ibídem*, pág. 92.
- (130) *Ibídem*, págs. 92-93.
- (131) *Ibídem*, pág. 93.
- (132) *Ibídem*, pág. 94.
- (133) *Ibídem*, pág. 94.
- (134) Unamuno, Miguel, «Obra selecta», Biblioteca Nueva, Madrid, 1977.
- (135) Comte, Auguste, obra cit., pág. 94.
- (136) *Ibídem*, pág. 94.
- (137) *Ibídem*, pág. 95.
- (138) *Ibídem*, pág. 125.
- (139) Gordon, Scott, obra cit., pág. 345.
- (140) *Ibídem*, pág. 346.
- (141) Durkheim, Emile, obra cit., 24.
- (142) *Ibídem*, pág. 25.
- (143) *Ibídem*, pág. 131.
- (144) «*Si la vida social no fuera más que una prolongación del ser individual, no se la vería remontarse hasta su origen e invadirlo impetuosamente.*» *Ibídem*, pág. 114.
- (145) *Ibídem*, pág. 116.
- (146) *Ibídem*, pág. 118.
- (147) *Ibídem*, pág. 116.
- (148) *Ibídem*, pág. 57.
- (149) *Ibídem*, pág. 121.
- (150) *Ibídem*, pág. 122.
- (151) *Ibídem*, pág. 69.
- (152) *Ibídem*, pág. 69.
- (153) Gordon, Scott, obra cit., pág. 485.
- (154) Mounier, Emmanuel, «Manifiesto al servicio del personalismo», Taurus Ediciones, Madrid, S.A., 1967, pág. 66.
- (155) Gordon, Scott, obra cit., pág. 512.
- (156) Weber, Max, obra cit., pág. 63.
- (157) *Ibídem*, pág. 63.
- (158) *Ibídem*, pág. 69.
- (159) *Ibídem*, pág. 64.
- (160) *Ibídem*, pág. 71.
- (161) Bergson, Henri, «Introducción a la metafísica. La risa», Ed. Porrúa, México, 1986.
- (162) Gordon, Scott, obra cit., pág. 455.
- (163) *Ibídem*, pág. 457.
- (164) *Ibídem*, pág. 464.
- (165) Spencer, H., «Ensayos sobre pedagogía», Akal bolsillo, Madrid, 1983, págs. 13-14.
- (166) *Ibídem*, pág. 110.
- (167) *Ibídem*, pág. 105.
- (168) *Ibídem*, pág. 175.
- (169) Gordon, obra cit., 696.
- (170) Cracogna, Dante, AAVV, «Anuario de estudios cooperativos», 1990, Universidad de Deusto, Bilbao, 1990, pág. 106.
- (171) Lucas Tomás, José Luis, «La creación de riqueza, iniciativa, negocio y personas», Instituto Internacional San Telmo, Sevilla, 1994, pág. 23.
- (172) Mounier, Emmanuel, obra cit., pág. 78.

- (173) Lambert, Paul, «La doctrina cooperativa», Intercoop Editora Cooperativa Limitada, Buenos Aires, 1959, pág. 18.
- (174) Messner, Johannes, «La cuestión social», Rialp, Madrid, 1976.
- (175) Linz, Juan J., en González Anleo, obra cit., pág. 32.
- (176) *«A la racionalidad se le atribuía estar movida por el cálculo, ser ciega para los valores, recluirse en la ciencia, interesarse sólo por lo general, amar lo objetivo, despreciar las locuras del corazón. Para cumplir bien su cometido, la razón debería ser lejana, fría, implacable. La razón es instrumental, impersonal, inhumana, insensible, imparcial, ¡demasiados prefijos privativos! Según el lenguaje, la razón nos priva de todo lo que nos pertenece.*
»Por el contrario, la irracionalidad está movida por el sentimiento, animada por la pasión, es perspicaz para los valores, ama el arte, lo individual, lo subjetivo, y se deja convencer por los argumentos del corazón. Adora lo sorprendente, se disloca por lo divertido, valora todo lo que desborda el cálculo: lo desinteresado, generoso y gratuito. Frente a la razón sacacuentas, propicia el despilfarro lúdico.»
Marina, José Antonio, «Ética para náufragos», Anagrama, Barcelona, 1995, pág. 143.
- (177) Maritain, Jacques, «El hombre y el Estado», Revista Club de Lectores, Buenos Aires, Argentina, 1984, edición castellana, pág. 163.
- (178) Dahrendorf, Ralf, «Reflexiones sobre la revolución en Europa», Emele Editores, Barcelona, 2ª edición, 1991.
- (179) Lucas Tomás, José Luis, obra cit., pág. 59.

IESE**DOCUMENTOS DE INVESTIGACION - RESEARCH PAPERS**

No.	TITULO	AUTOR
D/302	Etica económica y cambio institucional. Enero 1996, 28 Págs.	Argandoña A.
D/302 BIS	Economic ethics and institutional change. January 1996, 26 Pages	Argandoña A.
D/303	Employee organizational commitment: A review of the literature. January 1996, 27 Pages	Ovadge O.F.
D/304	Incorporación de graduados universitarios a la empresa familiar. Enero 1996, 37 Págs.	Gallo M.A. Cappuyns K.
D/304 BIS	Bringing university graduates into the Family Business. February 1996, 37 Pages	Gallo M.A. Cappuyns K.
D/305	Una nueva concepción del trabajo y de la persona en la empresa del siglo XXI. Enero 1996, 44 Págs.	Gómez S.
D/305	A new conception of work and the individual in the enterprise of BIS the 21st century. January 1996, 43 Pages	Gómez S.
D/306	Sociología y santificación del trabajo. Febrero 1996, 14 Págs.	Pérez López J.A.
D/307	Process Innovation: Changing boxes or revolutionizing organizations? February 1996, 18 Pages	Andreu R. Ricart J.E. Valor J.
D/308	Derivados exóticos. Marzo, 1996, 52 Págs.	Fernández P. Ariño M.A.

IESE**DOCUMENTOS DE INVESTIGACION - RESEARCH PAPERS**

No.	TITULO	AUTOR
D/309	Valoración de opciones por simulación. Marzo 1996, 53 Págs.	Fernández P.
D/310	La economía de mercado. Marzo 1996, 21 Págs.	Argandoña A.
D/311	Convertible bonds in Spain: A different security. March 1996, 38 Pages	Fernández P.
D/312	Bancos universales y bancos especializados: Los límites de la diversificación bancaria Abril 1996, 27 Págs.	Canals J.
D/313	Country, industry and firm-specific factors in global competition. April 1996, 30 Pages	Canals J.
D/314	Códigos internacionales de conducta y competitividad global. Mayo 1996, 15 Págs.	Melé D.
D/315	Divisas. Evolución y análisis de tipos de cambio (1980-1995). Mayo 1996, 38 Págs.	Fernández P. Ariño M.A.
D/316	La primacía de la persona en el diseño de organizaciones empresariales. Mayo 1996, 14 Págs.	Melé D.
D/317	Popular business media: The missing link in business knowledge diffusion. An exploratory study. June 1996, 24 Pages	Mazza C.
D/318	Proyecto Eurocash 94. Análisis comparado de la gestión de tesorería en las empresas españolas y europeas. Julio 1996, 47 Págs.	Santomá J.